

ELEGÍA A MI PADRE (HISTORIA DE 1 FAMILIA Y DE PARTE DE 2 GENERACIONES)

Escrita entre 2014-2016

(HDUF - 01/33) INTRODUCCIÓN Y EXPLICACIÓN DE HDUF

**Tomás López Alonso
Reg. Propiedad Intelectual 02 / 2016 / 2659
tla.libros@gmail.com
<https://sites.google.com/site/tlalibroses>**

ÍNDICE DE (HDUF - 01/33) INTRODUCCIÓN Y EXPLICACIÓN DE HDUF

<i>ÍNDICE</i>	2
<i>TIPOS DE LETRA QUE TIENEN SIGNIFICADO</i>	3
<i>IDEARIO DE LA OBRA</i>	4
<i>LISTA DE LOS 33 LIBRITOS DE HDUF</i>	8
<i>COMIENZO DE LA ELEGÍA</i>	10
<i>HISTORIA DE MI PADRE HASTA EL NACIMIENTO DE ANDRÉS</i>	11
<i>HISTORIA DE MI MAMÁ HASTA EL NACIMIENTO DE ANDRÉS</i>	23
<i>MIS PADRES SE CONOCEN</i>	29
<i>MIS PADRES SE CASAN</i>	30
<i>MIS PADRES VIVEN REALQUILADOS EN LA CALLE LIBRETERÍA</i>	31
<i>MIS PADRES ALQUILAN EL PISO DE BAÑOS VIEJOS</i>	33
<i>PRIMERAS LUCES INFANTILES</i>	34
<i>APÉNDICE DE PALABRAS EN NEGRITA</i>	49
<i>APÉNDICE DE MI MADRE Y DE MI PADRE</i>	51

TIPOS DE LETRA QUE TIENEN SIGNIFICADO:

Tipo de letra: Enunciado Real -Tesis. Letra recta. Lo que se creía-

[Esta letra representa el orden que se piensa que tienen las cosas y los deseos de un futuro tan esperanzador]

Tipo de letra: Enunciado de mí enfermedad o enunciado contra la realidad

-Antítesis-

[Esta letra representa mi estado vital en esos momentos: obsesión, compulsión, depresión, náusea, vacío completo. Mis actos vitales no quedan bien impregnados. Se vive por vivir. Siempre buscando la respuesta y siempre fracasando]

Tipo de letra: Enunciado utópico y deseado -Síntesis. El equilibrio debería estar en este menor ladeamiento de la letra-

[Esta letra representa la solución, la felicidad, porque desde el ideal asumo la cruda realidad para que ambas se transformen en un mundo completamente feliz. Feliz solución al fin, ¡Dios! La letra es menos cursiva que la anterior: busca enderezarse, volver a normalizarse, a equilibrarse, se hace simétrica, es redondilla en este caso. Se asumen los límites y muchos de ellos se han superado, los más graves y patológicos.]

IDEARIO DE LA OBRA:

(Ideas a botepronto que insisten e insisten muchas veces en los mismo. El ideario es totalmente espontáneo, según las ideas iban saliendo del pensamiento. No he querido matar esta naturalidad)

1. Será su desarrollo por temas. Cada librito hablará de una materia. Es que ponerlo todo en un gran libro me sería imposible de llevarlo a cabo. Mi mente necesita ordenar las materias: la pre-historia de mis padres; los juegos y las ideas de mi infancia y junto a mis padres; mi enfermedad y mi familia; las ideas políticas y sociales de mi familia. Todo necesita de un guión bien preciso. En una única narración me resultaría desordenado y sumamente confuso.

La mejor idea es diseccionar la obra en cuadernos. Cada uno trata su asunto, y que repinta de nuevo el mismo cuadro cronológico; así va quedando mejor en la memoria del lector. No importa repetir o entrecruzar ambientes, porque se ven desde el punto de vista temático de cada ejemplar. Ello enriquece la obra desde mi punto de vista-excusa. Si dividiéramos la obra en simples etapas cronológicas, tratando cada uno de los asuntos de forma meramente temporal y entremezclados con el resto de argumentos, la obra sería mucho más ampulosa y pesada, muy difícil de recordar para el que la lee. En cambio, la diversificación temática se corresponde con la realidad, porque conforme vamos creciendo las personas, a la vez vamos estructurando y re-estructurando, por medio de nuestra experiencia y aprendizaje, todas las cosas diversas de la vida. Esta disposición de la obra se enriquece, porque en un plano superior, precisamente, hay una subdivisión cronológica: 1) *Hasta los 14 años*, 2) *De los 14 años hasta la mili*, 3) *Desde la mili hasta el primer trabajo verdadero*, 4) *Desde este primer trabajo verdadero hasta el definitivo*, 5) *Desde el definitivo hasta la compra del piso en Alhama*, 6) *Desde mi piso en el pueblo hasta la muerte de mi padre* y 7) *La propia Elegía y mi vida hoy*, correspondiéndose con las etapas decisivas del protagonista.

2. Esta obra, así dividida en un conjunto de libritos por materias y épocas, trata el contenido que considero muy importante sobre el devenir de mi familia, incluido yo. Y como no puedo evitar muchas veces el ser complicado, o incluso paradójicamente perfeccionista (siempre creo que me dejo algo, que me queda tinta en el tintero), pues el último librito, ya libro, será una conjunción, más o menos cronológica, de todos estos acontecimientos que previamente se han diseccionado por temas. Es como un resumen al vuelo, como una nueva interpretación de la literatura siguiendo la *Ecole des Annales*, que en la disciplina de la Historia construyeron **Lucien Febvre** y **Marc Bloche**, primero diseccionando la Historia en materias: geografía, economía, sociedad, religión, pensamiento y arte, y después, resumiendo todo el acontecer de la historia en los puros acontecimientos. Tiene mi proyecto que ver y no que ver con *L'Ecole des Annales*, pero me gusta tanto compararme, referenciar y jugar con cosas

hechas y supuestamente inéditas... Solo que perdóneseme este nuevo mastodóntico espectáculo de las cien mil letras. Es decir, que finalmente habrá como un libro resumen de todos los anteriores, a lo clásico, y donde todas las materias caerán bajo el batiburrillo de la cronología. Pero es un juego más de los míos: entiéndanme, compréndanme. Después de los libros, de las obras temáticas, se jugará tanto con el último, que referenciará a los anteriores de manera rápida y ligera, que para qué deciros más... Sí, soy un crío, hijo del puro juego. No he madurado dicen las mentes cuadradas y hasta algún psicólogo. Las opiniones de mis compañeros de trabajo y de los que no son mis compañeros de trabajo me las paso, con todos los respetos, por el forro. No hago caso jamás a casi ningún consejo, de ahí que mis productos continúen haciéndose para sufrimiento vuestro. Solo he hecho caso a los consejos dichos con cariño, con verdadero amor cristiano y a los duros reveses de la vida y que tanto enseñan a mentes inmaduras como la mía, a la que le cuesta tanto aprender. Pero una vez que aprendo... eso creo yo, pero es que me gusta mucho jugar, vuelvo a repetir. Ya se lo dijo un profesor a mi madre, que nunca sería nada, que siempre estaría jugando como los niños. Qué alegría ser siempre niño y no un cerdo que explota a los demás o un puro asesino y violador en la guerra. Aunque claro, todo depende de cómo haya crecido uno, de lo que se haya gozado y padecido. Yo por eso escribo esta elegía, en honor a mi padre recién muerto, a mi madre (a mis padres), a mi hermano y a todos a quienes he conocido, gozado y sufrido, a mi pura vida, en fin.

3. Los diferentes tipos de letras (ver al principio del documento, en la 1ª página) sirven para lo que se indican. Reflejan 3 formas de hacer, de ser, 3 personalidades. Soy supuestamente tan complicado, nada conciso (como sí lo es uno de mis escritores preferidos, **Azorín**). Puede que eso signifique una personalidad no centrada suficientemente; yo prefiero llamarme prismático; y en algo tiene que ver mi enfermedad; ¿pero no será también que la vida, siempre manipulada por bajos intereses o re-concebida por distintas posturas intelectuales, espirituales o psicológicas, se muestra no tan clara hoy, en los tiempos modernos, cómo sí se veía hace bastante tiempo entre la sociedad en general?

Hay tantas veces que insisto en las mismas cosas, desde diferentes libritos, en los mismos cuadernos incluso, pero con otros puntos de vista, vuelvo a decir prismáticos: pues que hay que entender que mi obra en conjunto es como una polifónica de ideas, y si cada idea debe amplificarse con diferentes voces...

El autor habla con su yo y con el él, incluso en el mismo punto o párrafo.

Hay saltos entre el pasado, el presente e incluso el futuro, también en un mismo punto, en un mismo párrafo, etc.

4. Como creo en la Vida Eterna, no quiero olvidarme de todos los acontecimientos de mi vida al lado de mi padre, recientemente fallecido, de mi madre y de mi hermano pequeño y de todos los que han tenido algo que ver conmigo, sean o no sean conocidos míos. Él ya está disfrutando del Cielo, de la felicidad, no plena todavía, pues como rezaba **San Agustín** al Señor, el deseo último de todos los hombres y mujeres es que nos juntemos, allá donde sea, con todos nuestros seres queridos.

Mi familia tiende hacia el bien. Importa más el ser que el tener, importan más el quererse, el deber. No hay una locura por vivir experiencias, por viajar, por el hedonismo, porque antes se mira hacia las personas que se quieren, hacia cualquier hombre y mujer desconocidos incluso. Mi familia disfruta de la vida, pero desde el sentido más epicúreo, entonces más verdadero, no desde el sentido moderno del hedonismo o del vulgar como se conoce en el día de hoy, sin fundamento, al epicureísmo. Disfruta de la vida, pero con templanza y prudencia, con respeto a la naturaleza y a ti mismo y los demás. Hemos vivido siempre el momento mi familia, y yo algo menos; éste siempre en el deber y en el placer lógicamente entendidos, y yo también de peor manera; pero asimismo, cuántas veces y cuánto tiempo hemos esperado a un proyecto, a sus fines, con cuanta paciencia, ya que o no eran posible económicamente o porque no estábamos simplemente preparados como personas, como grupo familiar. ¡De cuántas cosas hemos desistido y no pienso solo en las materiales! Nos hemos sabido adaptar a nuestros propios límites -yo, el último-, sin desengaños, sin traumas, sin remordimientos -yo, el último igualmente-. ¿Qué mejor vida, placer, hay? Después, no obstante, está el deber en el dolor, pues éste último llena muchas veces nuestras vidas también, cosa que hoy en día tendemos a olvidar hasta que la realidad nos hace llorar. Se aprende mucho del dolor, pero qué terrible y duro se hace muchas veces para todos nosotros o para los que lo sufren continuamente.

5. El niño sobrevive en un mundo -el de fuera de su nido- más bien violento, pero en el que la paz y el juego, entonces la alegría, también se dan. El conocimiento crecerá sobre la historia humana, más bien atávica entonces, como su ser intérprete. Soñará con un planeta siempre en paz, angelical. A él hay que tender a pesar de la cruel naturaleza también. La historia la reinterpretará para ese fin benéfico y continuará creyendo en ese orbe celestial que se re-inventará una historia, una filosofía, una literatura para explicar porqué el bien siempre se ha de hacer y porqué el mal no debiera existir en esta existencia.

6. Bien, quizá tenga que aceptar de una vez que el hombre y la mujer estamos aquí para encontrar nuestro maldito puesto en el cosmos, con nuestra personalidad, carácter e intenciones morales, inmorales o hasta amorales, pero quisiera que todos los hombres y mujeres fueran felices y que apenas sufrieran. Igual es mejor que hasta nos juzguen arriba (o abajo) (o a la derecha) (o a la izquierda) (o en el centro de la esfera).

7. Lo que no me he atrevido a decirles en la cara a mis familiares segundones, lo digo en el libro con los nombres abreviados a 1 carácter, seguido de 1 punto.

8. Cuando se pone en **negrita** una palabra, se quiere indicar con ella una referencia a un lugar, a una canción o a un grupo musical, a un libro o a un autor, a una película o a un director, entre otras personas importantes, también a una palabra inventada o no por el escritor de marras, que soy yo -puede habersele ocurrido ya alguien, como es obvio; con ello no se busca ningún derecho de autor, sino destacar la rareza o circunstancia de uso del término-, a un giro evolucionado, a algo que todavía no admite la cruel ley de la real Academia de la Lengua. En fin, que todas éstas, al final, se clasificarán en el apéndice alfabético para mi martirio y el vuestro.

Tengo una DUDA AÚN: ¿por qué no etiquetar todas las ocurrencias y no únicamente la primera? Así en cada librito estas palabras ennegrecidas podrían entenderse como ETIQUETAS, pues harían como de extraño resumen del mismo. ... He desistido de esta idea finalmente, porque emperifollaría todavía más la obra, que de por sí ya está demasiado emperifollada... Y representaría un trabajo ingente para mí, sobre el cual ya no estoy de acuerdo, pues prefiero vivir en vida que no vivir en muerte.

9. Aunque los textos, que componen cada librito, parecen estar escritos a modo de pegotes, creo utilizar el pegamento de la literatura -el mío, eso sí, he de reconocer- que los unirá y dará sentido con vuestra lectura. Esta pretensión la persigue siempre todo escritor en sus obras. Unos consiguen, de manera extraordinaria, conformar un libro con total sentido y fuerza literaria: son los genios y sabios de la literatura. Otros, no tanto -son menos conocidos-. Algunos, nada -todos los olvidan. Es así nuestra humanidad, que ni les corrige cariñosamente-. Yo, sin saberlo u ocultando mi irresponsabilidad, continúo escribiendo.

LISTA DE LOS 33 LIBRITOS DE HDUF:

01. INTRODUCCIÓN Y EXPLICACIÓN DE HDUF.

>>> PERIODO 1) HASTA MIS 14 AÑOS (1962 - 1976): <<<<

02. Mis Padres y la Religión hasta mis 14 años.
03. El trabajo de mi Padre y los trabajos de mi Madre fuera de casa y en casa.
04. El Colegio (la E.G.B. a partir de 1970) y la Escolanía hasta los 14 años. Mis amigos y el Juego.
05. Los Juguetes y los Álbumes de Cromos hasta los 14 años.
06. La Televisión, el Cine, la Música, los Tebeos, los Libros y Mis Libros hasta los 14 años. La cámara de fotos, la cámara de fotografiar de mi padre.
07. Las Vacaciones en los Pueblos de mis Padres hasta los 14 años.
08. El Nacimiento de mi Hermano Rubio.
09. Nuestro Primer Barrio hasta mis 11 años.
10. La familia y los vecinos.
11. Mi Nuevo Barrio hasta los 14 años: la Sagrada Familia: metro y autobuses. La nueva casa: mis nuevos sueños.
12. Las enfermedades y la maldad en el Mundo.

>>> PERIODO 2) DESDE LOS 14 AÑOS HASTA LA MILI (LOS 20 AÑOS) (1976-1982):<<<<

13. El Nuevo Barrio desde los 14 años. Los vecinos. La señorita Montse y el señor Jaume.
14. El B.U.P. El gran cambio de la Academia. Yendo a Misa y Creyendo en Dios.
15. El Amor, el Sexo y la Cruel Enfermedad por Siempre
16. El Juego, los Álbumes de Cromos, los Tebeos, los Libros, la Música y Mis Libros desde los 14 hasta los 17 años
17. La Televisión y los Cines desde los 14 hasta los 20 años
18. El Trabajo y las Vacaciones en los Pueblos de mis Padres desde los 14 hasta los 20 años. Más de la familia
19. La electrónica. La Música como gran posibilidad cultural. De los 17 años hasta la mili
20. El C.O.U. y la Universidad: desde los 17 hasta los 20 años. El mal sueño perpetuo

>>> PERIODO 3) DESDE LOS 20 AÑOS (LA MILI) HASTA EL PRIMER TRABAJO VERDADERO (LOS 26 AÑOS) (1983-1988): <<<<

21. La Mili.
22. La vuelta a casa: los Estudios, la Universidad, la colla, el Amor y la Enfermedad.
23. La Música, los Libros, de Historia básicamente, la Tele, el Cine y Programando con los Primeros Ordenadores Domésticos
24. Conduzco: el Morris, el Trabajo y los Pueblos de mis Padres. Los amores de allá

25. >>> PERIODO 4) DESDE MI PRIMER TRABAJO VERDADERO HASTA MI TRABAJO DEFINITIVO (1988-1993) <<<<

- Las oposiciones.
- El curso de informática educativa. Dando clases ya.
- Mis lecturas, que ya no pararán.
- Trabajando de programador.
- Mi nuevo coche.
- Mi primer gran amor.
- La enfermedad triunfa.

26. >>> PERIODO 5) DESDE MI TRABAJO DEFINITIVO HASTA MI COMPRA DEL PISO EN ALHAMA (1993-1997) <<<:

Mi trabajo en un albergue social. El reencuentro con la Religión.
Nuevas amistades. Buscando un Amor.
Más unión con mi familia. Buscando un Hogar.
Mis salidas con mi padre, el Legionario y el Pepe.
Creo estabilizarme, pero mi enfermedad no frena.
Mis primeros libros a pesar de todo

>>> PERIODO 6) DESDE MI PISO EN EL PUEBLO HASTA LA MUERTE DE MI PADRE (1997 - 2014): <<<

27. Un nuevo hogar. Sedimentando mis sentimientos y emociones en la tierra de mis Padres. El amor hacia ellos se muestra insuperable. Pretendo casarme y darles nietos, pero la cruda realidad me mostrará, poco a poco, mi camino irremediable.

28. Yo, escritor; Mis libros; por fin, mi verdadera línea. Y no paro de leer, ni de escuchar música ni de ver películas (la Literatura, la Música y el Cine que se van completando). Y hasta juego, aunque solo sea con mi carácter. eso sí, a veces juego a Trenes y recuerdo tanto los Tebeos y los Álbumes de Cromos.

29. Mi cierto éxito en el trabajo. El hermano Paco. Más amores. Mi enfermedad parece curarse, pero no es así.

30. La verdadera curación poco antes de morir mi padre. ¿Por qué, Señor? Por fin domino mi mente, a pesar de algunos síntomas nada insufribles, pero que no se pueden comparar.

31. 7) LA MUERTE DE MI PADRE: ELEGÍA A MI PADRE. LA PRUEBA DE DIOS, LA VERDADERA PRUEBA DE LA ETERNIDAD.

32. Mi vida hoy.

33. * * * CONCLUSIÓN: HISTORIA CRONOLÓGICA Y AL VUELO DE HDUF * * *

COMIENZO DE LA ELEGÍA

Yo nací en **Barcelona**, el 29 de julio de 1962, en la **residencia Don Francisco Franco**, el hoy llamado hospital del **Valle Hebrón**. A mi madre la tuvieron esperando buen rato porque yo no nacía. Hablaban las enfermeras de ir a la playa. Al final, por lo que fuese, me tuvieron que sacar con fórceps y me presenté ante mi santa madre con un chichoncito en la cabeza. Ahora los fórceps están prohibidos, creo yo. ¡No!, prohibidos no, he investigado y en ocasiones se hacen necesarios, pero pueden causar fractura y problemas en el blando cráneo del bebé, y por consiguiente, afectar al cerebro, promoviendo incluso una epilepsia. ¡Quién sabe si de ahí proviene también parte de mi enfermedad! Mi madre sufrió bastante con semejante aparataje y encima le traen al niño herido. En fin, ¿quién sabe lo que pasó? Si fue la playa, si el puente de mi madre era pequeño, pero cuando tuvo a mi hermano rubio se extrañaron los médicos de que usasen fórceps, pues el puente no era pequeño; pueden ser otras las causas; hay tantas variables en esta vida; hasta puede que me asustase venir a este mundo, jamás por mis padres ni por mi futuro hermano pequeño. Hacía sol y julio asolaba con fuerza, de forma tremenda. Y a los pocos días, en pleno bautizo, va y se suicida la **Marilyn Monroe**. Bien, mi cabeza siempre ha hecho demasiadas relaciones, pero un suicidio (u otras causas de índole recóndita) no son nada agradables. No es un suicidio intelectual a lo Sócrates, a lo Séneca o a lo Petronio, aunque jamás lo recomiendo a nadie, porque mayormente son desequilibrios de la mente quienes los provocan: a la mente hay que cuidarla y sanarla. Debemos preocuparnos asimismo por nuestros hermanos no de sangre. ¡Ay mi mente!, cuánto hablo de ella ya.

Mis primeros recuerdos como niño son muy confusos y más bien provienen de los relatos de mis padres a los que yo les he puesto argumentos y escenarios bien iluminados, pero puede que en la base haya algo real. Quizá ese barco que pinté en la pared parezco haberlo hecho ayer, al sol de la habitación bien iluminada sobre las 12 del mediodía, a pesar de que la calle era muy estrecha. Pero ayudaba el pasaje que pillaba enfrente del comedor y que permitía una salida más hacia ese oculto astro. Mis padres decidieron no borrarlo por ahora:

- ¿Qué hacemos, papa?

- Pues mujer, déjalo un tiempo en la pared.

- Pues eso haremos, ya que lo ha hecho el chico-. No tenía tiempo aún para una fuerte regañina, a pesar de que recuerdo que no le gustó a mi madre, pero pasado el tiempo, el barco, recién pintada la salita de la habitación de mis padres, se mantuvo durante algunos meses y fue comentario para las visitas.

Pues éste, mi primer recuerdo, sí que lo tengo *in mente*, y como si fuera ayer, cuando en otras épocas más todo era confusión y pena, sin poder alguno sobre los recuerdos ni sobre mi voluntad. Pero antes de continuar con mi vida, con más percepciones infantiles, hablaré de las historias de mi padre y de mi madre hasta que tuve memoria.

HISTORIA DE MI PADRE HASTA EL NACIMIENTO DE ANDRÉS

Mi padre habla. ... Todos son recuerdos ya; escucho su voz como si estuviese aún aquí. Mi padre ha muerto y no ha podido dejarme, como mi madre, un testimonio directo, narrado por él, de corrido en varias sesiones, sobre su vida. Así que allá voy desde mis recuerdos:

Mi padre nació en **Berlanga de Duero (Soria)** el 22 de septiembre de 1929. Y fue en plena crisis, aunque el pueblo y sus circunstancias pillan tan lejos de esa **América** ya tan modernizada. Pensar que la electricidad ya cundía; que las cuestiones de moda ya funcionaban, que hacía décadas de la existencia literaria de la ciencia ficción, pero es que Berlanga era como una prolongación, con las únicas modernidades que poseían los caciques, de aquella regia España de los siglos XV y XVI, una España con contenido Hispania, donde las circunstancias socio-económicas eran tan diferentes, pero en la que la miseria persistía de otra forma plástica, ¡pero con el mismo fondo para los pobres! Bien, he exagerado, mi padre nació en España y era la vida de los caciques no mucho más cómoda que la de los obreros actuales. Eso sí, cuánto comían de bien. De eso ya no estamos tan seguros hoy, porque podemos tener aparatos tecnológicos y poca comida. Paradojas de la crisis en una sociedad consumista.

Mi padre nació a la luz de la meseta ondulada, esa que esconde los páramos, huertos y bosques a la luz **recoveca** de cañones y peñascos. Era el tercero de 3 hermanos y todo lo que os cuento, claro, desde siempre, como la biografía de mi madre poco después, ha sido descrita por ellos, de manera constante, a lo largo de mi vida. Jamás me cansaba oírles; pocas veces les habré dicho: “¿otra vez?”, porque ese runruneo de sus vidas se me hizo ver bien pronto en todo su sentido: de ahí provengo y jamás he sentido ninguna vergüenza por ello; más al contrario, fueron tantas las anécdotas, entre el hambre de la post-guerra y las hazañas de la emigración posterior a Barcelona, que hasta me muestro orgulloso de ellas. Y es que el **Lazarillo** y el **Buscón** se daban la mano en 2 familias más de España, una de Berlanga, y otra de más abajo, en **Aragón**, en **Alhama**, a 91 kilómetros por carretera.

Primero vivieron en la casa de la cuesta, una calle que se ondula hacia arriba, poco a poco, buscando el peñasco de las **3 Cruces**. La casa está por abajo de la ladera, aunque hay cierta elevación que ahora hasta me cuesta a mí subir. Llegando a aquellas, si nos asomamos por detrás, surge el gran cañón del **Escalote**, una altura con inmensa caída en ruda roca, en ariscos materiales que el agua del pasado ha logrado conquistar. Cuando se mira la colina de las 3 Cruces desde la nueva casa de mi padre aún chico, ella se muestra amable; en cambio, por detrás está el vértigo. Y volviendo a esa primera casita castellana, son ahora 4 maderas venidas abajo, entre adobes lacerados por los 2 tiempos, el climático y el que se combina con éste, el llamado temporal, para dejar todo en ruinas. Una vez, paseando mi tristeza por esos

andurriales, contemplé hasta el negro del hogar en un lienzo medio caído. Pero la casa nueva será la que se inocule dentro de Andrés. No hay otra casa entonces; para poco más adelante lo dejamos.

Le pisa mi abuela dos uñas de los pies a mi padre de pequeño, con una banqueta: Gateaba el padre de Andrés y la abuela le hace llorar tanto al niño. Siempre, esta dura escena tiene como fondo la cocina de la Nueva Casa, la que está fuera de las imaginadas murallas y de la **Puerta (A)Guilera**, como de algunas de sus pobres paredes aún existentes. La cocina posee la chimenea de leña a la derecha y de frente entra todo el sol de las 3 Cruces, amables y serena identidad de este pueblo castellano. Pero ahora contemplamos en panorama este monumento, que forma una perfecta colina en punta. El silencio es distinto en **Castilla**. Obedece a unas tierras altas, de la **Meseta**, donde unas pobres gentes no se atreven ni a hacer ruido, no sea que el especial paisaje se demonice. El oído se acostumbra al distinto coro de ángeles aquí existente. La naturaleza es onduladamente aplanada para que por las calles del pueblo no llames la atención; escuchar este sonido, es decir, el del silencio, es comprender como se puede hacer el pan y todas las cosas de una villa sin acudir al molesto ruido. Yo creo que esta quietud proviene de su pasado medieval, especialmente pleno de ánimas y de las fes que apaciguan nuestro ánimo. Volviendo al pobre bebé, desde ese momento le crecieron onduladas, torcidas y con un color **marronoso** las 2 uñas índice del pie. De mayor, ya algo anciano, cuando ya no se podían cortar con el cortaúñas, porque se desbocaron enfermizamente, le operaron en el **Hospital de San Pablo**, se las quitaron y le hicieron fotografías por fenómeno tan extraño; de anciano yo se las rasuraba con una maquinilla de podólogo, poco a poco, cada cierto tiempo y ya no le molestaban cuando le crecían; quién le operó ya le dijo que igual crecían mal de nuevo o no. Pues crecieron mal. Era un momento de delicadeza y de querencia; mi padre me llamaba “*Rey*” cuando se las limaba, como siempre me lo llamó ya desde pequeño, y me tocaba mi cabeza, con un tic desde siempre también, con el dedo corazón de la mano derecha. A veces miraba algo que consideraba importante, una fotografía nuestra, y lo hacía si estaba yo cerca o mi hermano o nuestra madre, sobre la correspondiente y respectiva cabecita. Un tic. Era bueno de verdad.

E insisto en que en el recuerdo que me queda, el imaginario, cuando mi padre me lo contaba y ya mi madre también insistía en la historia de las uñas, durante los comentarios sobre el pasado familiar, yo ya añadía de forma automática esa escena sobre mi mente, cuando la abuela pisaba los delicados pies del bebé gateando, en la cocina de la casa nueva y en el ángulo correspondiente, cerca de la ventana que daba a las 3 Cruces; todo esto me lo concedió mi cabeza, sin hacer yo ningún esfuerzo; la imaginación actuó con los materiales que yo almacenaba previamente y necesitaba, por fuerza, escenificar aquel momento que yo no había visto. Y un pinchazo de sufrimiento, de pánico, subía por todo mi ser. Pero lo cierto, es que si era bebé el padre de Andrés, el suceso ocurrió en *La Casa de la Cuesta*, de la cual solo vi maderas y paramentos gastados de adobe cuando ya tuve conocimiento. En fin, siempre me quedará ese cuadro así, como tantos otros que mi ser grafiaba a su

manera. No podía meterme dentro de la mente de mi padre, el cual, de bebé tampoco se iba a acordar; pero él conocía la forma y la esencia de la cocina verdadera; el padre vivió unos 18 años allí, hasta que entre todos los hijos mayores, 3, de los 8 que llegarían a ser, *4 murieron* -hubiesen sido 12-, en 1947 construirían, con los padres, la Casa Nueva de muy pobre factura: adobes, alguna mampostería, postes y vigas de madera de redondeados pinos. ¡Cuántas rememoraciones no me quedaron claras entonces! Muchas historias de mi padre se vivieron en la antigua casa cuando yo las situé y pinté en la Nueva. A veces soy demasiado perfeccionista. Pero tampoco esto ya me altera, como ni de lejos lo hacía cuando yo de niño eran tan libre y feliz con mi padre, el cual lanzaba las historias de forma oral, como debe ser, y sí que en ocasiones él especificaba en qué escenario, en qué casa acontecían, pero mi mala memoria, en ciertas cosas, hizo perderme historias que yo considero muy importantes. Acumulo otros muchos datos, mi pensamiento se pierde en tantas distintas cosas, mi enfermedad ha hecho asimismo su trabajo, pero ahora, que ya puedo escribir libremente, cuento todo esto más como un simple recuerdo de mi vida y de mi personalidad que como un problema; incluso a veces también como un simple juego literario.

Las bodeguillas y la confusión de mi padre de que ambas resulta: mi padre era como yo, un niño algo taimado o más bien mucho, aunque yo creo que todavía lo fui yo más. ¿La herencia? Todo se puede agravar con esta maldita ley. Aunque también se puede renovar con la sangre nueva de mi madre. En mi caso, ya os adelanto que se agravó, no por ella -quizá por algún congénere alcohólico, pero no sé- aunque las condiciones ambientales también influyeron. En la familia de la madre de mi padre, mi abuela paterna, eso sí, había algún “*tontejo*”. No os olvidéis de los fórceps ni de la composición propia de mi genoma. Así, ¡que quién sabe ya! ¿Es tan importante sino para los médicos? Bueno, pues que le mandan a mi padre de pequeño a que vaya a dejar la legona a la bodeguilla (lugar de la casa, abajo, junto a los corrales, donde se guardaban las herramientas), pero como había una taberna en el pueblo que se llamaba *La Bodeguilla*, pues como que mi padre no diversificó la minúscula de la mayúscula, digo... pues eso, que se fue largo y derecho hacia la taberna y que se llegó allí, sin ninguna vergüenza, y le espetó al tabernero, blanco como la cera cuando oyó al muchachillo decir: “*Que mi madre ha dicho que le traiga la legona.*” Y como mi abuela vio que tardaba y tardaba: “*¿Y este hijo un demonio, cuándo sube?*” y que se fue abajo y no le vio, ¡y tampoco la legona!, y salió a la calle a ver, y que le dijo una vecina que andaba por ahí: “*Que me ha dicho, Higinia, tu hijo Tomás, que va a la Bodeguilla a llevar la legona. Que qué raro.*” “*Yo a este tonto lo mato*” y bajose con su genio a por el chaval y que lo plegó allí mismo aún desconcertado y que lo subió a golpes y que ¡tonto y tonto! y así mi pobre padre lo contaba como un chiste y que todos reíamos ya, porque de cualquier confusión se puede sacar una chanza para toda la vida, y golpes, golpes por culpa de la miseria. Mi padre, como yo muchas más veces después, aceptaba la orden absurda, con violenta voz muchas veces, y sin contrariar el absurdo que fregaba dentro de nuestras cabeza, íbamos y hacíamos, a

pesar de la irracional orden y de lo que más se podía esperar, algún palo encima. ¡En fin!, chiquillos demasiado taimados y yo mucho más, ¡donde va a parar!

Mi abuela arrastrando a sus primas del pelo hasta la plaza: pues que mi abuela coge a 3 de sus primas, las muy gorrinas, porque la criticaban de que no cuidaba bien de la familia y etcétera. Ese etcétera puede contener cualquier infundio femenino muy incisivo y calumniador que puede tener éxito en el amplio espectro de la villa de Berlanga, porque la mujer, como el hombre, en esas fechas y en cualquiera de ellas, tiene asimismo una parte dañina de cuidado. Pues mi abuela no se andó con remilgos y a una por una las fue cogiendo del cabello hasta que tuvo a las 3 bajo su dominio más enérgico y las arrastró por toda la **calle Guilera** hasta llegar a la plaza Mayor, donde dejó bien claro quienes mentían y quienes propagaban los infundios. Yo tengo la imagen de semejante sainete desde la Casa Nueva, y a partir de ahora me da igual que la historieta ocurriese en la Antigua casa de la Cuesta, porque mis descripciones van a ser todas desde la **Calle la Picota**, cuyo nombre además pega más con sucesos como el presente. Las primas, de lengua rápida y voluble, ya no volvieron a comunicar por los porches y puertas ningún infundio o verdad de mi abuela, si acaso entre ellas o alguna amiga, que no se fuese ya de la lengua, podía haber una conversación más clara, que no quiere decir más verdadera. Yo de pequeño siempre imaginé esta historia como una bella estampa de humor. Los sociólogos más serios se rasgarán las vestiduras, pero mirando con un poco más de neutralidad y sapiencia, vemos que las cosas en su momento circunstancial no podían haber sido de otro modo. *Ahora los infundios y levantamientos se propagan legalmente por televisión y todos aplauden el encarnizamiento de la víctima, se lo merezca más, se lo merezca menos o no se lo merezca.* La regañina de mi abuela con mis primas al menos puso las cosas claras. Hay que frenarlas a veces de cierta manera, pero actualmente abogamos por una plática inteligente con semejante personal; lo peligroso es que los receptores igual no disponen de suficiente pali que inteligente para comprender y asumir las culpas y errores.

Era formidable ver a mi abuela, bajando por la calle principal y dándoles de bofetadas y coscorriones, mientras ninguna se le escapaba de las manos. “*Tía Higinia, dales, que han hablado muy mal de ti.*” La gente ahora quería escarmiento cuando antes aceptaban y permitían de buen grado los embustes de las 3 primas.

Mi padre casi muere a los 6 años de una indigestión y por el pepino que se comió se salvó: acontecimientos como este entristecían a Andrés sobremanera. Pues que su padre tuvo una indigestión gravísima de la que no salía, y con la cual poco a poco fue perdiendo vida, cerrando los ojos cada vez más y encorvándose como un pobre animalillo sobre la cama. No valía la pena llamar al médico porque no había dinero, pero también *¿qué le iban a hacer? Mi padre iba a ser una nueva víctima más de la infancia en esa casa (serían 4 finalmente, más no se sabe el número de abortos, sí 2 o más también).* El abuelo, finalmente, le dijo a su mujer, ante las pocas perspectivas que ya veía en su hijo: “*Déjale que coma lo que quiera.*” y en eso que el

niño despertó hecho un espasmo y como se dirigía a la cocina y quería coger algo del pepino refrescante que había preparado la abuela para comer, como que poco a poco fue comiendo una rodaja, después otra hasta que terminó con todo el plato de pepinos ante los ojos atónitos de la abuela. *Era así la dureza de aquellos tiempos, que a pesar de la religión, las evidencias eran claras: malgastar unos pepinos cuando no había ya ninguna solución.* Pero la oportunidad obtuvo el milagro y el niño, después de ir a la cuadra a hacer sus necesidades, tanto por arriba como por abajo, recuperó la color (empleemos algo de poesía antigua para sobrellevar este drama), vio como su insoportable dolor iba cediendo de golpe y como que rió y se alegró con sus padres. El abuelo le beso y dio gracias a Dios, mientras que la abuela, cansada igual de tantos hijos y de tanta miseria, se alegraba un poquito, pero solo lo suficiente, porque ahora ya no había ensalada para la comida.

Mi padre siempre nos recordaría, siempre recordará, este suceso, porque salvó la vida y nos pudo tener a mi madre, a mí y a mi hermano royo.

Muere Pablo de 7 años: la muerte se lleva por delante, sin ninguna consideración, a cualquier niño que sufra una enfermedad. Pablo marcó a mi padre. Él se fue. Él era bueno, un encanto y una enfermedad, de las que ahora se curan, seguro que con vacuna, terminó con su estela. Su sombra siempre me ha acompañado, siempre ha encogido el corazón de Andrés. Cuando comíamos o cenábamos, mi padre lo recordaba, nosotros nos poníamos tristes; mi madre, que no tuvo que sufrir la muerte de ninguno de sus hermanos pequeños, se compadecía tanto del pequeño Pablo. Y ahí en un pequeño y pobre ataúd se fue, con solo 7 añitos, y las comadres todas del pueblo lloraban y se compadecían de los padres, de la abuela Higinia, como ellas a su vez y a sí mismas se compadecían de sus propios hijos muertos. La tristeza ondea de verdad cuando recuerda Andrés, ya de mayor, hechos como el del pobre Pablo, cuando sus vacaciones en el pueblo. Él mayormente lo pasará muy bien, soñará, verá un feliz pasado hasta los 16 años. La nueva economía, que ofrecerá poco a poco mejoras hasta a los más pobres, como también en la sanidad -en la aplicación de las vacunas-, entorpece cada vez más una visión completa en estas nuestras nuevas generaciones. Pero también morirán niños por otras enfermedades incurables a su edad, como el pobre Tomás, su primo segundo al que solo vío una sola vez en Berlanga. Fue tan fuerte cuando le dijeron a Andrés sus padres que ese niño moriría muy pronto por la temible leucemia. Era un niño como él, de carita redondeada, aniñado, sin ningún atisbo de maldad, calladito, triste deberíamos quizá decir. Y se fue sin palabras también. Él lo vío en el bar del Cubano, el que emigró y retornó de Cuba, algún abuelo del dueño del bar. Él hablo un poquito con el niño que iba a morir, porque se lo pedían sus padres. Y como con Pablo, se le helaba el corazón, ahora también recordando a Tomás. ... Fue antes de comer y los hilos de sol del verano caían con potencia sobre el escorzo pictórico del lugar, ahí en esos porches castellanos, con la fina modernidad que

provenía de las ciudades, con los dignos pobres que habían emigrado ya hace 2 o hasta 3 décadas. Era 1973, año bonito en la música aún, con el tren fogueando diésel, pero la muerte borraría aquella vida que jamás se haría adulta. Cuánto sabía Andrés sin saber aún. Cuanto conocimiento sin experiencia. A veces, de mayor, Andrés se decía que era niño todavía, que para qué madurar más.

Con Jesús aguantamos mucho mejor estos sufrimientos tan crueles a pesar de que no nos expliquen todos los motivos por los que ocurren estas cosas. Con la fe en la vida eterna podemos continuar respirando al día siguiente, aunque sea como un asmático. Pablo marcó a mi padre, la dura vida le tatuó el alma y ahora que podía vivir bien no lo iba a despreciar, porque los obreros de pro, los asalariados que entienden, saben que con comer, tener un techo, estar calientes durante la mayor parte del tiempo y disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, junto a su mujer y sus hijos, con todo esto ya se está en el mundo como en el Paraíso. Vengan después los intelectuales a echarles en cara encima que son conservadores: quieren conservar lo poco que tienen; los ricos progres pueden malgastar todo lo que les roban, precisamente, a quienes critican. Son los millonarios los que inventan nuevas modas y nuevas ingenierías de la economía para amasar dinero tras dinero, gracias a todos los que engañan o porque sus productos se fuerzan a hacerse necesarios. Por ello son tan amigos de los políticos, de los que hacen las leyes y la guerra. Comen y cenan todos juntos, en fiestas y actos culturales incluso, y encima hay que aguantarles como nos insultan.

*Mi padre va a vender uvas con el abuelo y el Boche: mi padre, cuando pequeño, iba con el abuelo a vender las pocas uvas de las viñas que tenían, y en eso podían emplear varios días en el recorrido, en dormir por los pueblos en cualquier pajar que les dejaran o junto a un porche bien protegido. El Boche, el buen borriquillo del que durante toda mi vida he oído hablar tan bien de él, les acompañaba pacientemente. Boche, como mi Platero de la literatura, te he de decir que has engrandecido mi visión sobre las cosas buenas de la existencia. Y la anécdota llega cuando entraron a vender uvas en un lugar no reconocido; era muy de mañana, con muy poca luz, y el portón demasiado grande como para pertenecer a una casa pobre; bueno, sería la entrada también hacia las caballerizas como para las personas, ¡claro!, algo tan normal para la que sería gente grande, con dinero, por lo que igual hasta les podrían comprar bastante de la fruta de Noé y regresar mucho antes a casa. El suelo además estaba tan amablemente empedrado para aquellas; ¡Castilla, Castilla!, cuán mal te tratan los que no conocen tu verdadera historia. La verdadera Castilla es la de la fe y sus campesinos, la de sus pobres ganaderos y menores artesanos. Pues que el abuelo no lo ve claro, pero que como siempre, va a hacer lo de siempre, llamar a la puerta y dar una fuerte voz y presentarse. Mi padre estaba expectante y algo confuso. “A la buena de Dios. ¿Quieren uvas” El **vocerrón** fue respondido por un eco seco, pero*

voluminoso. Y en ese momento la poca luz que entraba desde la calle iluminó una figura que estaba en alto; la puerta la abrió del todo el abuelo y se quedaron helados al ver al Santo Cristo en la Cruz, enfrente, al Pobre y al Santo Crucificado. “*Pero si es una iglesia, ¡Dios Santo!, pero si es Nuestro Señor, hijo*”. Y santiguándose, cerró la puerta y salieron cabizbajos, como avergonzados. La anécdota, después, con los años, era contada en nuestra casa de abajo, de arriba luego, en Barcelona, delante de sus hermanos, y todos riendo con esos **vocerrones** sorianos, de pastor, de zonas rurales muy elevadas y que tan dura vida han llevado. Yo reía con mis primos, cuando jugábamos, aquí o en el mismo Berlanga, cuando bebíamos vino y cerveza con gaseosa, en las comidas de familia, ya de mayores. En fin, las anécdotas como ésta hacen más llevadera la vida, más bien cruel, de mis antepasados, ¡Dios Santo! Solo que la mayoría de hijos ahora dicen, no mi padre; pongamos de ejemplo al tonto del B.: “*Ignorantes, ignorantes, que os han engañado los curas; ellos al bollo. A mi ya no.*” Y aunque su humor nos hiciera reír, él, el pequeño, no había comprendido nada de su padre, de mi abuelo, el padre de mi padre. Se puede decir que ya vivía mejor este “*hereje*”, como le llamaba mi abuela cuando voceaba broma brutal tras broma brutal; que era hasta un mimadillo incluso, dados los nuevos tiempos, aunque después se mataría en las cocinas trabajando, ya en Barcelona, pero le faltaba ese fino instinto para separar hombres de Dios, mejor dicho, demonios en forma de hombre del verdadero Dios-Amor.

Al abuelo le hará daño siempre el estómago: Echaba mucho pimentón mi abuela a las comidas dice mi madre, en vez de hacerle comida aparte. No ponía 1 plato para cada uno, así que era una guerra continua el comer en el mismo puchero; siempre los abuelos tenían que poner orden en medio del hambre. En Alhama, la abuela, madre de mi madre, la **Irene** ponía a todos un platito, muy pobre, pero un platito. Los pequeños no podían seguir el ritmo de los mayores. “*Pero la abuela, en Castilla, todos al puchero, ¡qué guerra!*” Y era verdad, solo el abuelo se imponía, pero pasan los años y el abuelo sufre más del estómago cada vez, hasta que apenas ya puede trabajar. Le llamarán vago hasta el hijo mayor y en los pocos recuerdos de los pequeños. En esa dura Castilla, un padre se desmorona de dolores, tiene que comer hasta acostado por la dura úlcera. ¡Qué médicos, qué medicinas, qué dineros había para los pobres! El mayor, con la abuela, tiran la casa hacia adelante, pero se olvidan de los demás injustamente. Esos amores-odios entre madres e hijos mayores. Mi abuela siempre con ese genio espitoso. Pronto el padre de Andrés trabajará en la tienda. El 2º tira la casa hacia adelante también. Todos trabajando tan duramente para tan poco. Y algunos ya blasfeman y pierden el respeto al abuelo, pero no tanto como hacen ahora, cuando ya lleva muerto hace tantos años. El padre de Andrés dice que todos eran y son unos salvajes, que solo piensan en el dinero y no en Dios. Y así es: antes los ricos mentaban a Dios y hacían mal, ahora los pobres tampoco piensan en Dios, pero imitan a aquellos: quieren hacer el mismo daño; se las dan de ricos los muy imbéciles desgraciaos. ¡Vaya cambio! Y el abuelo, muerto de dolores, hasta que hacía la digestión. ¡Maldita pobreza, abuelo, que jamás te conocí, si no en mis sueños de bebé! Solo te tengo imaginado con ropa cenicienta, echado en ese mal sillón, entre

luces pálidas, que aunque sean naturales, me muestran una tristeza inefable, insufrible.

*El padre de Andrés hace de monaguillo. En esa Castilla profunda cómo no iba a hacer de monaguillo, como en cualquier singularidad de las tierras hispánicas. En fin, ahí el niño, ya más mayor, tenía que guardar el primer puesto en la iglesia para la misa de los domingos; era para uno de los caciques. Creo que para uno de los **Ridruejos**, para los que ya trabajaba en la tienda de chico de los recados. Pues veo ahí a mi padre, con todo su fervor, pasando mucho frío, en mi oscurecida mente. “¡Qué caciquismo!”, nos decía después. “Y yo sin almorzar, muerto de hambre, y él llegaba tan pancho, bien caliente y atracado tras su almuerzo. Encima yo me tenía que levantar, ¡qué tonto!, y asistir a la misa de pie. Me tenía que ir hacia atrás y él delante, y el cura permitiéndolo.” “Y le daban mis padres el mejor gallo al cura, y ellos sin comer también.” “Y un día me desengañé de los curas, que no de Dios -mi padre siempre fue muy fiel a Cristo-, durante una Navidad; nos llamó a todos los monaguillos el cura para que tomáramos una copita, y entramos en su gran comedor y sobre una gran cómoda habían no sé cuántas botellas de vino, de licores, y nunca había visto yo tantos platos juntos sobre una mesa, y ésta toda bien puesta y llena de manjares; y todos nosotros muertos de hambre.”*

Mi padre ya se hace más mayor y trabaja de dependiente en la tienda de los *Ridruejo*. Mi padre, también administrador del cine. Va a por los rollos y los carteles de las películas a la estación, en bicicleta. Aportó clavos y maderas de la tienda, se lo dejaban a cuenta del sueldo, para hacer la nueva casa entre todos; vaya explotación por unas mínimas herramientas. No vio una peseta nunca. Lo poco que llegaba a casa la abuela se lo sacaba con su violencia de matrona, como a todos los demás. Algunos céntimos para las fiestas del pueblo. Y a veces llegaba a casa y apenas estaba hecha la comida. Se los encontraba al abuelo y a la abuela en la cama, quizá haciendo otro hijo. El frío era tan atroz. La violencia de la Naturaleza asolaba en estas pobres villas de ignorancia. Alguna vacuna sí ya había, si no de 12 no hubieran aguantado 8. *Antes, siglos antes, o no muchas décadas antes, la proporción era mínima, aguantar la generación próxima, pero sin aumento de población. La muerte infantil no tenía piedad. Se asomaba con su pequeña guadaña, pero con todo su descaro, sobre la pobre cuna. Como animales nos has dejado aquí en la Tierra, Señor. Solo tenemos el amor y éste brilla tanto por su ausencia, que visto con mis ojos, solo puedo clamar miedo entre mis sienes; ahí lo sellan mis manos, atrapando la cabeza muy dolorida.*

Pero cuántos sueños asoman desde el cine. La alegría convivía con la tristeza de manera continua, pero existían unos puntos en los años 30 y 40, se supone que a favor de aquellos tiempos, a pesar de los fusilados de la guerra y de sus muertos, de sus muertos en el frente, por la enfermedad, por los que el niño, con su exagerado presentismo, hacía de observador valiente y

optimista desde un futuro aún más benévolo, a pesar también de la muerte de aquel niño llamado Tomás en el mismo 73. El cine fue ver el teatro hecho. La magia que salía de esa máquina, con paisajes y escenarios vivos, distintos de manera continua, con ese movimiento de la máquina que sobreseía el teatro. El teatro era mi padre, su hermano el **Marciano** y sus amigos. Estaba preparado como se podía en aquellos años. *Las obras eran las clásicas, los mitos del honor y las aventuras. Poco se profundizaba en la dureza de la vida, pero había que divertirse. Como el cine. Los muertos no morían, las historias solo se hilaban en la fantasía y el bien siempre ganaba.* Iba en bicicleta 3 kilómetros hasta la estación para recoger los rollos de la película que tocaba. El pedaleo era plano en la llanura moteada por los pinares y carrascas, por las colinas poco altas y siempre onduladas. Al fondo, el **macizo Ibérico** desgastado de las sierras de pinares de Soria. Esa ondulación general descansa el ánimo y hace que la violencia parezca no existir alrededor. El tren dona la modernidad, a pesar de sus antiguas máquinas de vapor. Lleva los carteles ya de colores para ponerlos por el pueblo. El entretenimiento en época de hambre parece sonar extraño, como la pobre electricidad que alumbraba los hogares, esas bombillas siempre solas, al vacío del frío y del negro nocturno. *Los niños continuaban muriendo, pero ganan la batalla muchos más.* Es Andrés el que relaciona desde el futuro demasiado las cosas. Su padre invitaba a los abuelos al cine, cuando podía. ¿Qué habría en las cabezas de ambos cuando contemplaran los héroes del oeste, del drama, de las ciudades tan modernas de América? Antes de ser “*empresario de cine*”, como le decían en broma sus conocidos y amigos cuando regresaba al pueblo por vacaciones, estando ya en Barcelona, se colaba, se colaban por los lavabos y a veces se manchaban de orines y de mierda. Lo que se obligaban a hacer en tiempos de necesidad para poder disfrutar con las maravillas de aquel **Hollywood** mucho más creíble, y a pesar de la guerra, mucho menos violento.

Finales de los 40 y la **orquesta Civi** del pueblo tocaba y aprendía. El padre de Andrés aparecía en todas las fotos de *la orquesta del pueblo*, como dirigiéndola, pero aunque él quiso tocar el saxofón, su instrumento preferido al ver y oír a **Glenn Miller** en el cine, en el **No-Do**, su artista moderno favorito, fue el suyo otro de los millones de sueños de aquella pobre generación que tuvo que convertir sus deseos en recuerdos, y de madera inmediata. El saxofón asomaría en las rememoraciones de su padre por siempre. Demasiado estaba **impracticando** Andrés. Andrés comenzaba a soñar de manera excesiva, como excesivos eran sus valores y la creencia en las cosas menos prácticas, en el arte y la palabra, como en los mismos **Evangelios**.

Celos entre el G... (el hermano mayor) y el Marciano (el 2º hermano). Llega mi padre y ve que se están matando y que los padres no podían separarlos. Le costó al 3er. hermano hacerlo. “*Pero estáis locos, ¿o qué?*” Siempre esta pelea me atormentó. ¿Cómo unos seres queridos pueden olvidar y hacerse tanto daño? ¿Cómo las personas son así a veces? Pero yo ya estaba viviendo la violencia en el colegio; hasta mucho

más tarde de terror infantil se me llenaría mi alma, del de esos bárbaros compañeros que abusaban de su fuerza y de su inquina, de su mala fe. ... Ahí en el corral, a la luz del sol, en el patio junto al pozo, donde crecían hierbas y flores tan bellas al sol, donde la muerte pretendía adentrarse, donde el diablo estaba triunfando con su furia. *Los hermanos pretendían alzarse con el dominio de la familia, mucho más avaro el grande. En fin, siempre cuando uno se dice que se hace mayor se autoafirma en su madurez como en su afán de dominar a los demás. Yo también, como príncipe destronado, quise dominar a mi pequeño y querido hermano rubio, pero tengo que justificarme, porque yo quería a mi hermano; solo me molestaba cuando se chivaba. Claro que discutíamos, pero cuánto le quería, cuántos abrazos y juegos con él. Puede que mi violencia innata la tuviera por desgracia ya en los genes, pero esa violencia jamás ha pretendido dominar a nadie; simplemente ha brotado como consecuencia y cuando no podía defenderme de los que me rodeaban en la escuela, a los que deseaba, sino la muerte, sí que alguien más fuerte los machacara.* El rencor yacía por dentro, sabía que Jesús estaba conmigo, que eran niños malos, pero cuánto faltaba para entender el verdadero mensaje del Señor. De todos modos, cuando me dejaban tranquilo, hasta jugábamos todos juntos. No entendía nada muchas veces, ¡y claro!, mi poca valentía quería congraciarse siempre en esos momentos. La violencia...

Se come el pequeño, el B., las carnes de la comida. Dice que ha sido el gato, pero mi abuelo afirma “*que hay que abrir tripas*”, y el B. se aterroriza. Solo con estas 2 frases queda referido el cuento, que fue real, y cómo el pequeñuelo ya justificaba sus actos de manera astuta. Pero aún era muy niño y el miedo le ahogó una buena digestión. Ahí en la cocina, en esa recurrente cocina donde la luz yacía por doquier desde el cerro de las 3 Cruces.

Se hacen las necesidades contra la pared en la casa nueva. Tampoco es de referir mucho más al respecto, sino cómo todas estas anécdotas se concelebraban en los 2 comedores de las casas donde hemos vivido, cuando acudían los hermanos y hermanas de mi padre, los cuñados y cuñadas de mi madre. “*Se comían todo y ni agradecido ni de agradecer. Encima te criticaban*” -decía mi madre con razón, solo faltaría-. En fin, la poca finura, el poco tacto, la insensibilidad, la poca creencia. Solo el Marciano era más creíble; y congeniaba tanto con mi padre. Pero se fue a **Venezuela** y ya su testarudez o la mala sangre hizo que pasadas 2 décadas ya ni escribiese. No tuvo mayor contacto con nosotros. Solo un hombre de Berlanga, que a veces iba a **Caracas**, nos decía que estaba bien, “*que no nos preocupáramos por él*”. La distancia, la falta de roce durante tantos años, ciertos odios, pero al padre de Andrés sí que le quería. ¿Y no a los abuelos? Era un aventurero, se fue con una separada en el vapor **Brancafé**, proveniente de **Génova**, a la que abandonó poco después, y al principio las cartas con su hermano rezumaban amor. “*Pues eso, -decía el basto del B.- contra la pared y ¡pooooooooo!, y toda la mierda cayendo por la pared y al pozo negro. ¡Qué cultura! ¡Qué guarrería! ¡Qué pobreza! ¡Y aún me hablas de*

los curas, tonto de hermano?” -y se enteraban todos los vecinos. Y el padre de Andrés le decía: “Pero, ¿qué tienen que ver los curas con Jesús, que era bueno, tontorrón, que eres todo un tontorrón.” “¡Calla!, beatoooo.”

*Mi padre continúa trabajando en la tienda de los Ridruejo. Da y apaga la luz antes y después del cine en el molino del Escalote. Conecta y desconecta la turbina que crea el milagro de la electricidad con la corriente del río, cuando habían buenas aguas, no como ahora, sin apenas cauce. De noche, a muy altas horas de la noche, poco faltaba para las 12, cuando el traspasar era tan excepcional y la pronto madrugada podría demostrar todo su gran poder, tanto misterioso como de respeto. ... Mi padre es del **Atlético de Madrid**. Ya no puede ver al Madrid. Él prefiere Barcelona, ciudad de fábricas, no de funcionarios ni militares. Todas esas cosas la gente las sabe, a pesar del franquismo. Y ya juega a las quinielas. Es que la tienda de los Ridruejo era algo más que un ultramarinos, porque poseía a su cargo el cine, un bar, vendían estufas, ropa blanca, vestidos, aparatos de radio por encargo. En fin, eran unos de los principales caciques, como a su vez lo era esta familia en toda la provincia de Soria.*

*Y tiene que hacer la mili a sus 21 años, en 1950. Lo mandan a **Zaragoza** a Capitanía, a **San Gregorio**. Es artillero como yo seré también. Las casualidades son como las queramos ver, pero a veces nos sorprenden. Después lo mandan en el destino al polvorín de **Jubera**, un pueblo enclavado en el fondo de un cañón. Ahora la autovía y el Ave pasan por encima de su planicie y el abismo, el río **Jalón**, queda ahí abajo, pero en el tiempo normal de las circunstancias el antiguo ferrocarril y la vieja carretera pasaban cerca del lecho del río y de la villa, como a un cuarto de altura de la sorprendente corcovada. ¿Quién iba a imaginar que había también campos y árboles tan por encima? Los recuerdos son que el tren pasaba cerca del polvorín, muy despacio, y del cual se escapó mi padre a fiestas de Berlanga. Le podían haber caído meses en un castillo militar, pero dependiendo del destino había confianzas. El sargento hizo la vista gorda cuando regresó, y en fin, cosas que también pasaban en la dictadura. La misma no es una perpetua cárcel o hasta un campo de concentración gigantesco; puede ser asimismo un espacio inmenso que está vigilado en los lugares principales. Después de los que murieron depurados, es decir, asesinados (espero que vosotros, comunistas, cambiéis muy pronto esta palabra, cruelmente científica, en vuestras matanzas de China o Rusia), los 50's extienden una cada vez mayor benéfica estampa, porque la economía cae del supuesto lado de la libertad, del llamado bloque occidental. Aunque es en el turismo y en muchas costumbres nuestras donde se dan los cambios, no será hasta ese 75 en el que comenzarán a llegar otras cosas buenas y otras cosas malas. La maldita iglesia como institución, los burgueses de las oligarquías y de la industria pronto se adaptarán, hasta el ejército lo hizo muy bien, para que los de siempre podamos ascender, trepar, y su mayoría quedar expeditos a los vaivenes de la economía*

envenenada. ... Muchas veces se bajaban al pueblo a jugar a cartas, a tomar café y coñac; jugaban a ser hombres. Todos se iban a casar después de la mili por la iglesia. Las bombas y granadas quedaban guardadas en un túnel excavado en la dura roca y cuyas paredes eran arrugas de piedra, como muchos túneles de esta línea sobre el Jalón, Barcelona-**Madrid**, y que en Alhama uno de los 2 así era también. Al lado, el barracón donde permaneció el padre de Andrés. Sueños dentro de la cabeza del niño que por siempre va a memorizar y que él tragaba como bocanadas de una realidad imperturbable y que siempre así debía ser. Tantas cosas que debían ser así para que en la adolescencia todo saltase por los aires como un polvorín. 21 años para Andrés eran muchísimos hasta que él llegase a ellos. Después de la mili le pasarán como una ráfaga de pólvora en el suelo.

Comienza la emigración: se va antes el Marciano, harto ya del hermano mayor y buscando su aventura; él que tan bien dibujaba. Mi padre después, en el 53. El G. no aguanta en Barcelona; está su novia en el pueblo. Solo pela patatas en un local oscuro y húmedo en el **Casco Antiguo** de Barcelona. “*¡El valiente!...*” Era normal, era hombre de pueblo desde todos los puntos de vista; los demás habían hecho volar demasiado la imaginación y los tiempos ayudaban, empujaban. El Marciano fue el más soñador, sabía pintar como nadie y todo lo que había visto en el cine lo quería disfrutar. También el teatro le hizo volar la mente. Uno de los medianos, el L., fanfarrón barato, fue a Barcelona años más tarde. Envía una radio rota a sus padres: “*Arreglarla, no os costará nada, padres*”. Estuvieron pagando meses la avería del mal hijo. Ya era un bocazas. Aunque era espabilado, iba a casar mejor con cierto ambiente de Madrid, muy bolero, hablador, titiritero, negociante de bajo nivel. No tomarlo como un tópico generalizado, vuelvo a repetir, si no como un subtipo más de gentes que se dan en todos los sainetes del magnífico **Arniches**. En otro lugar, ya hablaremos de los subtipos de Barcelona, que ahora tanto se pretenden ocultar para mal nuestro.

Marcha a Barcelona entonces mi padre, en un tren larguísimo, llamado **Shanghái**. Venía de Galicia y comenzaba a llevar toda la emigración de las tierras españolas por las que atravesaba: el bajo norte de España o el centro superior de la misma. Lo formaban unos 20 vagones y la línea de **Valladolid-Ariza** sí que tenía vida entonces. Ahora la han matado los tiempos, y por supuesto, la han rematado las autoridades a las que encima les debemos llamar Excelentísimas. ¡Venga ya!

Allí le acoge el hermano Marciano y lo lleva con su patrona a su pensión. Pronto tiene trabajo. Va trabajando, va mejorando en el sueldo, probando otros. Una noche le roban en un billar y ha de dormir en un banco de la **Ramblas**. Todo tan pacífico antes, en este sentido. La soledad le deja dormir, salvo cuando se acerca el sereno o el guardia que le dicen que se levante. Ya no cometerá ese fallo de dejar colgada la chaqueta con la cartera. Va al día siguiente al trabajo. Su hermano le acoge hasta que cobra. “*¿Cómo no has venido?*” “*No quería molestar de noche.*” Comenzará incluso a ahorrar algo más tarde, aunque los sueldos de sus trabajos son bajos pero

incomparablemente altos con respecto a los del pueblo. Por eso Barcelona, junto a otras ciudades pujantes, poco a poco se engullen el campo de todo el interior de España, el cual quedará hecho un desierto, por lo que nuestro querido **Delibes** nos dirá, poco después, que una cultura, de tantos siglos, se está muriendo.

En una ocasión asustó incluso a sus padres cuando les escribió que le mandarían las botas del alto. Aunque antes costaban mucho las cosas, no tuvo tacto en este asunto. “*Pues qué mal le va a nuestro hijo.*” Su mujer ya le dijo años después: “*¡Pero cómo hiciste eso! Vaya preocupación para tus padres.*” “*Es que estaba tonto, mujer.*” Pero todo se mueve rápido en estos años 50’s, ya en el 54. Ahora trabaja para una tienda, de recadero unas horas, poniendo bolos, en una empresa de hierros, de camarero para un colegio mayor en Sarriá, en ...

HISTORIA DE MI MAMÁ HASTA EL NACIMIENTO DE ANDRÉS

Mi madre habla:

*“La niña Carmen Alonso. Nacimiento: 12/2/1935. La niña, nacida en la **Calle del Chamberín**, nº 18, era una niña muy graciosa, dicho por mi padre **Pedro** y mi madre Irene. Siempre me comentaban que me ponían en una mesita y bailaba como una descosida y muy graciosa. Después vino lo siguiente: a los 12 añitos me pusieron en un banquillo ya a lavar sábanas de retol, donde me colocaron con unos tíos míos, a trabajar para el balneario **Termas Pallares** de Alhama, lo cual no podía ni retorcer las sábanas porque era muy pequeñita. Después, con medio metro nieve, me iba a los pueblos de alrededor a buscar algo para mis hermanicos y hacía mandados para que me dieran algún obsequio, lo cual mi madre lo agradecía, se ponía la mar de contenta. Al poco tiempo vino más sufrimiento. Mi padre era muy trabajador. Los mayores íbamos a coger raíces en los prados con una pala de escagerar y lo llevábamos a un señor que tenía vaquería y nos daban cuatro perras. Se convertían las perras en dos verdeles, un cuarto de olivas, media docenas de arengues. Después nos los cenábamos, y al otro día, de nuevo, otra vez a la misma materia.*”

»Mi padre era un hombre, no es por decirlo, pero era el más segador de Aragón, todo a mano, no con zoqueta o máquina como ahora. Después me hice mocita, me enviaron a Madrid. Me fui con unos señores de Alhama de Aragón, que vivían en Madrid. Mi padre se disgustó porque se enteró después que el señor tenía tuberculosis. Entonces se volvió como loco y el día de la Virgen de Fátima, que estaba por Alhama, se enteró que ese señor tenía tuberculosis y dijo: “La chica hay que traerla inmediatamente, que me he enterado que el señor tiene tuberculosis; sino la traen iré yo mismo.” Bueno, me fui haciendo cada vez más mocica y estaba trabajando con unos tíos míos en el Balneario Termas Pallares.”

»Era mocica y me fui a por uvas con un cesto y un hermano mío y se oía decir que quitaban la sangre a los niños. Se oyeron casos por la parte de Aragón. Pues precisamente, uno de los días nos paró un coche en carretera camino del **Monasterio de Piedra**. Salieron tres sinvergüenzas con chaqueta de cuero negro. Nos empezaron a llamar y como estábamos advertidos por mis padres, por si nos llamaba alguien que no acudiéramos a su lado, salimos corriendo con el canasto un barranco abajo, mi hermano delante y yo detrás; un pastor desde lo alto, que nos vio, tiró el garrote porque ellos corrían detrás de nosotros, pero teníamos las piernas de galgo, parecíamos lagartijas corriendo, no nos alcanzaron, pero las uvas no las llegamos a tirar, fueron pa casa.

»Yo de niña veía la hierba crecer. Nunca pasaron hambre mis hermanicos, porque yo todo lo que plegaba lo llevaba pa mi madre; yo cuando veía una caña llena de morcillas de una amiga mía, que marchaban un poquito mejor que nosotros, pues yo llevaba un abrigo capa, que una señora por hacerle los mandaos me regaló, con mucha astucia cogía yo y le decía a mi amiga: **Julita** vamos a jugar a la **Cú** y entonces como se escondía por un sitio, yo me iba a las ristras de morcillas que estaban en la caña y yo cogía la rastra, me la ponía en el cuello y me la tapaba con la capa y al rato, antes de que viniera su madre, le decía me voy a casa que ya es tarde que me espera mi madre. Y yo llegaba tan contenta con mis morcillitas pa cenar, era de pena y eso no es hacer daño porque era de hambre. “Parecía que había más morcillas”, se quedaba diciendo la madre de mi amiga. Otra vez, las niñas nos confesábamos y después debíamos poner un dinero en un platito de la iglesia. Cuando me tocó a mí, en vez de poner me llevé, y después le dije al Niño Jesús que comprendiera, que no era pecado, que en mi casa había mucha necesidad.

»Después había un guardia en el pueblo, que en el tiempo de la fruta, si nos comíamos los hermanos una pera, nos gritaba casi llevándonos al cuartelillo, pero yo muy astuta no me comía la del suelo, porque ese cacho animal llevaba un morral y las mejores peras y manzanas se las llevaba pa su casa. O sea, que no era nada de honrada la autoridad. Ahora, que yo no me comía la del suelo, porque tenía tanta rabia de aquella gente que le daba una patada al tronco y me comía la que caía, la otra que estaba agusanada que se la comiera su padre. Porque en una ocasión le llamó la atención a mi padre sobre nuestros hermanos: “Tus chicos se cogen las peras y un día ya verás lo que va pasar”. Mi padre le contestó: “No me les toques ni un pelo porque tu vendrás a mi granero y luego yo iré al tuyo, que tú no tienes ningún árbol y seguramente que tienes el granero lleno de todo lo mejor y nosotros no tenemos nada y somos 10 personas con la abuela.”

»Después, en un pueblo que se llama **Godojos**, me iba a pedir como un pobrecico porque yo no quería que en mi casa no pasaran hambre mis hermanos, en particularmente mi abuela Sofía, que la quería mucho, y me daba una señora, que tiene que estar en el cielo, por la cual siempre pido por ella, porque era buenísima, me daba de todo, me iba con medio metro nieve por una cuesta heladita de frío y se

llamaba **Gudiosa** y me admitía en su casa como si fuera la Virgen y me decía “Hija mía, siéntate, ¿cómo has venido con este tiempo tan malo?, anda que echaremos troncos al hogar” y me freía un choricico y una tajadica de tocino y me ponía yo tan contenta y además, a más me daba cosicas pa llevarme pa mi madre y cuesta abajo me iba con aquel medio metro nieve, toda heladica de frío y me metía los dedicos debajo de los sobacos y lloraba de tanto dolor que me daba. Pero casi nada me dolía de solo pensar en mi madre que se ponía tan contenta de lo que le llevaba. Y es verdad. Eso es así, como te lo digo.

»Mi padre murió muy joven, a los 54 años, pero era una gran persona. Cuando se iba a trabajar yo le llevaba la comidica a las 12 del mediodía cuando tocaban las campanas y mi padre, pasaba un pobrecico de pueblo a pueblo a pedir y le llamaba, venga usted buen hombre y las pataticas que yo le llevaba guisadicas hechas por mi madre nos las comíamos entres los tres y eso yo tengo un recuerdo muy sentimental que a veces me dan ganas de llorar y lloro, pero es tal cual como lo explico, que tengo una memoria grandísima.

»Una vez teníamos una vecina en la **calle del Castillo** que es donde mis padres vivían, que se llama Pilar, que aún vive y resulta que mi padre que venía de trabajar, cabreao, que trabajaba de sol a sol, encima esta guarra de la Pilar le tiró un orinal de mierda por el balcón y le cayó encima la gorra y mi padre le dijo: “No eres cochina, eres gorrina, esta zipilarga”. Y nunca más ya hizo lo que hizo porque mi padre los tenía cuadraos. De pequeñitos éramos muy tremendos, sin hacer mal a nadie, mi madre pobre mujer se fundía a lavar, que era una mujer que no permitía que lleváramos piejos y nos llevaba muy aseaditos y nos dejó solos y como éramos familia numerosa le daban racionamiento y le daban aquella azúcar morena que había y aprovechamos ese momento en quitarle medio paquetillo y la regalamos en una sartén. Nosotros que oímos que venía de lavar y el cubo con el ruido en el portal, quitamos la sartén corriendo, lo que era el hambre, y metimos los dedos con unos chillidos asombrosos. Las yemas se nos quedaron en la sartén pegadas, que disgusto mi pobre madre. Encima que desaparece el azúcar, nos encontró abrasaos. Las suyas tuvo, corriendo a por medicación para curarnos. Un sufrimiento atroz. Le dimos bastantes disgustos, pobrecilla, tiene que estar en el cielo, aunque tengo una guarra de cuñada, asquerosa, que siempre ha estado hablando de ella mal y es porque la plegó mi madre jodiendo con mi hermano y mi sobrinita la Pili es la que llevaba dentro, la gorda. Los pilló en el serón de un borriquillo que teníamos que se llamaba boche también, como el de Berlanga, y por eso le tenía manía. Bajó a cerrar la puerta que se iban, adiós abuela, hasta mañana y vio a la liebre sobinada por mi hermano.

»Una de las veces había fiesta en un pueblecito y yo como era muy decidida me cogía mi canastillo y me iba a ver si me daban alguna cosa para traer para casa y el día de la fiesta mayor nos dio el alcalde en su portal una comida. Se convertía en judías blancas con un poco de tocino y choricillo y nos juntábamos un batallón para

una cazuela, todos alrededor de la cazuela, yo pequeñita, que medía medio metro, pues la verdad siempre me acuerdo que la boca la tenía bastante fuerte, no me quemaba la comida, y me logró estar con un señor bastante mayor que me cogió manía, porque yo comía más que él. Ya cuando la cazuela iba de capa caída me mira serio, yo llevaba coletas y quedaba ya un poco de caldo y coge el caldo y me lo tira encima la cabeza. Quedé almidonada. Me fui a casa toda llorando porque me quedé almidonada y mi madre me llevó a la orilla el río y me lavó lavadita y ahí yo, acabó mi tristeza. Ya ahí cogí un poco de miedo de ir solica por los caminos. Después ya se me pasó y al mismo pueblo de antes me dirigí otro de los días y pedía y decía “Ave María Purísima” y me contestaban “Sin pecado concebida” y yo le decía: “Una lismonica a un pobre que Dios se lo pagará”, y aquel día pues no estaba la señora y como todo lo dejaban abierto, que esto lo hacía el hambre, me metí al granero y levanté una tapadera que había de una tinaja que allí tenía los panes. Yo me abrí la puerta al cielo y dije “Ay qué bien”. A esto que oigo la puerta que entra la señora, pero yo no tenía miedo a nada, cogí un pan y me metí dentro de la tinaja y la señora precisamente dio la casualidad que se subió pa arriba por la escalera y le haría falta que sube a buscar un pan y yo misma se lo di, porque yo estaba debajo del otro pan. Puso la tapadera y allí se quedó la niña. Así que corriendo, cuando ya vi que cerró la puerta yo salí disparada porque no la dejó cerraba. Si era Católica, todo lo dejaba abierto. Y yo decía por el camino que Dios me perdone pero yo hago esto porque tenemos mucho hambre y nadie nos ayuda y mi padre solo ganaba 12 pesetas cuando no nevaba.

»Mi hermano L... era muy tragón. Se comía todo. Y luego me dice siempre a mí, cuando voy a verle. Él sí que era un glotón. Ha quedao tonto con la bebida, con las botellas de coñac de 5 litros.

»Mi padre siempre me acostaba cuando estaba enferma y me llevaba un té. ¡Cuánto me recuerdo de mi padre, Dios Santo! -y echa una mirada al Cielo o hacia el suelo, triste, pensativa. ¡Cuántos sentimientos ya idos! Pero la fe es mucho más fuerte.

»Las peleas entre la abuela y el abuelo. Todos los matrimonios se zumbaban. Había mucha hambre e ignorancia. Bebía mucho vino mi padre, y claro, a veces se gastaba más de la cuenta y no había luego pa comer. Pero li incitaban los amigotes y encima hablaban mal de mi madre. ¡Sinvergüenzas! Pero mi madre también le contestaba y pegaba. Solo faltaría. Era el hambre y el alcohol que se apoderaba de la cabeza porque nos quería a todos los hijos. ¡Cuánta hambre!

*»Cuando fueron a casa cuando la guerra y preguntaron por el abuelo. A él finalmente no le hicieron nada. ¿Se llevaron a otro delante de él? ¿Se confundieron? ¡Qué vida!, ¡Qué muerte! Así fue. Al abuelo Pedro finalmente no se lo llevaron y eso que no podía ver al cura del pueblo: “Usted, tío moro, no me toque las campanas cuando yo muera, ¿eh?”. Y no se las tocó **Don Toribio**. Como en “**Los 10***

Mandamientos” de **Cecil B. de Mille**, una de las películas que marcaron al pobre Andresito, la marea verde, que pulula a unos 10 o 15 centímetros del suelo, va buscando a sus víctimas para llevárselas escoltadas con su guadaña repleta de balas. Son los rifles los que escupen muerte contra la tapia del cementerio, sobre una cuneta o a través de cualquier zanja perdida junto a los ríos. Muerte verde que fogueas rojizos estampidos, pero cuyas intenciones solo pretenden atemorizar, liquidar a los supuestos enemigos, sean culpables o menos culpables. Los juicios justos ya no existen; ni siquiera los juicios. ¿Fue como tu muerte verde, Dios, así de anónima y sin mediar palabra de inocentes? Aunque sí, he de decir que allá en **Egipto** el bien luchaba contra el mal, pero aquí, ¿aquí que ocurría? ¿Tanto odio queda aún que ni a esos muertos se les deja morir dignamente en un cementerio o al viento de las montañas? ¿Somos los españoles tan cainitas como los antiguos egipcios?

El abuelo pasaba las banderas sobre los niños estirados en las mantas del suelo junto a la iglesia. Los niños que habían nacido el último año eran bendecidos con la bandera santa, todos ahí vestiditos, con sus pobrezas los más, y **entrellorando** o avistando a todas las personas que les miraban tan monos, como esperando el gran acontecimiento: bienvenida era la primavera avanzadísima del **Corpus Christi**.

La maldad, las insidias, las incitaciones, la bebida, el vino, la brutalidad, la fuerza bruta. El trabajo de campo, la creencia, las buenas personas, los nobles de carácter. La jota. Entre estas 2 dimensiones del mal y del Bien yace la vida de los hombres del pueblo. Las correspondientes medidas de cada una dan la supuesta personalidad de cada una de esas personas, y aún así. Apliquémonoslo también a nosotros en la ciudad y en nuestros tiempos modernos.

»*Después me vine a Barcelona en el 56*”, según me decía mi padre, ya que mi madre, como mi abuela, no concretaban en las fechas sino en las estaciones. Así la abuela decía: “*Tuve a la Carmen para las nieves.*” Se vino con su amiga **la Palomillas** y con otras camareras de Termas. “*Yo no me quería quedar en el pueblo. En Barcelona ganabas 5 o 6 veces más. Y ¿cómo me iba a casar con uno de aquellos ganapanes, tan mal vestidos y que ni siquiera llevaban pañuelo? ¡Qué guarros! y no sabían hablar y te llevaban en el baile como a una oveja. ¡No, no!, había que irse de ahí.*” El cine ofrece muchas cosas a través de sus claras y fantásticas imágenes. La ilusión puede ofender y confundir, hacerte caer en el fango, ¡pero no!, en este caso mi madre se encontró con mi padre, el cual, ¡hombre de cine!, era tan apuesto e iba tan bien vestido a pesar de su sueldo. Un poco de asiento, de planta, de saberse sacar lo bueno, es necesario. ¿No me diría el **hermano Sola**, tantos años después, poco antes de morir, que los Domingos había que vestirse muy bien en honor del Señor? Y él también se refería, cuando hablaba del Señor, a las personas. Pues en honor de su pareja, de sus hijos, de sus amigos, de la gente en general, hay que tener un mínimo de tino y decoro.

... ..

»Y mi madre le dijo a la de la fonda que le guardase una habitación para su yerno: ‘El novio de mi hija’. ‘No temas, Irene, que le pondré la mejor, la del 1er. piso, la más ancha, la que da a la parra.’ Cuántas veces hemos pasado después, con los años, y dicho que esa era la habitación donde estuvo el padre cuando se le presentó al abuelo. Y la misma parra sigue ahí, toda con los años. Tenemos hasta una última foto de los padres de Andrés 2 semanas antes de morir, con el mismo significado, con la misma parra. ¡Ay, Dios! “Y cuando paso a buscar al papa, me dice: ‘¿Qué llevas en la blusa?’ Y me ve manchada la blusa de hollín. ‘Pues nada, que mi padre ha llegado bebido y han tenido unas palabras. Y luego le quería pegar a mi madre y me he puesto delante: ‘Eso no, a la madre ¡no!’ Y entonces me ha dado con la sartén, manchándome.’ ‘¿Y cómo? Si tu padre se ve buen hombre. ... No hagas caso. También los míos se dicen palabras.’” Veo a mi padre diciendo estas palabras; oigo las palabras dichas por un hombre bueno.

“Pero cuando bebe y le calientan -le incitan- los de fuera, se pone hecho una fiera. Y después pasamos a casa. Ya estaba todo calmado. Y se fueron mi padre y el papa por el pueblo. Le enseñó mi padre el pueblo, los huertos, las tierras que él trabajaba. Tomaron algo y vinieron muy contentos. Me dijo después el papa que estaba muy contento el abuelo y que lo habían pasado muy bien.”

La vida... La violencia enaltecida por las palabras ajenas y crecida sin remedio por el alcohol. ¿La iglesia había perdido el control de la moral en la comunidad o jamás lo había tenido, sino quizá muy en el principio? Y es que un cura debe hablar de vez en cuando con los matrimonios; al menos antes, cuando no habían trabajadores sociales ni psicólogos, cuando los curas lo eran todo. Pero ¿tenía herramientas? En esos años de mis padres mandaba su sucesor, un cura típico, preceptivo con los sacramentos, por el aspecto exterior de los Evangelios, pero en absoluto persona capaz de ayudar a nadie, sino a arruinarle incluso. ¿Y las fuerzas públicas del pueblo?: con sus negocios y alimentando la miseria que hace más grande la violencia. La necesidad, cuando la mentalidad no cunde, tiende al desastre. Comenzaban las palabras a alzarse porque no había dinero para dar buena cena a todos. Tantos niños se tenían; gracias a las vacunas no murió ninguno. Antes, como morían fácilmente, se guardaba estable la maldita pirámide de población. Pero ahora crecía y la comida no abarcaba y tras una guerra entre supuestos hermanos. Cuando mayores no habría otra cosa que la emigración para muchos. Muy triste que la barbarie de la naturaleza nos domine. Y la iglesia en estos primeros momentos se oponía a los condones. Después, ya en los 60's se adquirían más fácilmente; comenzaba a haber una permisividad gubernamental por mucho que digan por ahí. Mi padre llevaba a los pueblos; los compraba en el puerto y en la Barceloneta. “Así te pagué muchos biberones.” Paradoja irónica. Desorden social motivado porque provenimos de leyes animales y

porque la evolución socio-económica se basa en la injusticia. Sean los pobres abandonados a su ignorancia y casi totalmente por la Iglesia en la que creían.

Reaccionemos y vencamos a la brutal naturaleza; socialicémonos con amor, con el de la Iglesia de Jesús o con algo muy parecido, con el amor verdadero y ético, el que hace brillar a la Humanidad. Vaya el cura, vayan los más preparados, pero sobre todo, que las personas tengan buen corazón e intenten cambiar el comportamiento negativo a positivo. Sea la violencia expulsada. Cunda la vida pacífica y constructiva.

*“Así estaban desde pequeña; siempre peleando. He oído tantas malas palabras. Así, que en que pude, me fui a Barcelona. Aunque también fueron tantos los buenos momentos. Murió tan joven mi padre; y la abuela pasó necesidad y no muy buena vida después, con los solteros. Se lo gastaban todo también en vino, en juergas, y eso que ya se podían ganar mejor la vida. Pero al faltar el abuelo para ponerlos en cintura... Aunque el tío **Santiago** era más bueno; solo que bebía y bebía. Pocas malas palabras le decía a la abuela. El J. era más malo. Y mi madre se fue con todas las carnes, siempre con ellos. No quería por eso ir a Barcelona o Madrid. Solo en aquella ocasión -pienso yo-, por Navidad, cuando tan bien lo pasé con ella.” Yo, Andrés, tenía 13 años y era el último curso de E.G.B., en el 75, y también vinieron mis tíos pequeños y el **Mero**. ¡Qué bien lo pasé!*

“Mi madre se fue con todas las carnes. ‘¡Ay! Irene, si te vas toda entera. Por no cuidarte -decía la monja-.’ ‘¿Con quién ha vivido esta señora? -me preguntó el doctor-; ‘Pues con mis hermanos los solteros.’ ‘Ya entiendo, ya entiendo.’”

MIS PADRES SE CONOCEN

*“Fue en el baile **Price** de la **calle Muntaner**, un día de lluvia. Caía fuerte e iba con mi hermana, la **Pilar**, que era menor de edad, que hacía poco que se había venido a Barcelona. Yo les dije a los porteros que se sentaría conmigo, que no bailarían, y nos dejaron entrar.” Y ahí, por una casualidad más del infinito, conoció a mi padre. Yo me he imaginado siempre el baile en un escenario oscuro donde destacaban los bailarines, un grupo de amigos, que por lo que se ve ya bailaban el Rock & Roll y con sus pelos tupés, no muy exagerados. Y la pantalla de cine o de televisión de mi mente hizo que mi padre, con chaqueta y pantalón finos sacase a bailar a mi madre. A partir de aquí yo ya no sé más. Solo que se daban muchos besos en un bar cerca de la **Diagonal**, donde trabajaban, mi madre de sirvienta en casa de ricos, mi padre llevando recados de una gran tienda, también a las casas de los ricos o bien pagados. Pues en el baile, antes de bailar, oyó una conversación entre el grupo de chicos alocados: “¿A qué no te atreves a sacar a la morena a bailar?” “Y yo me dije entre mí -mi madre-: Ahora para fastidiarles, voy a bailar con él.” Y ahí*

comenzó todo. Semanas más tarde, mi tía P., la menor de edad, decía que se lo diría al Padre. Se quedó finalmente soltera *la Negra*, apodo de tanto ir a la playa, de piel tan morena como le quedaba, tan guapa como rara para aguantar a nadie.

Y mi padre esperaba a la madre de Andrés en la calle, en la Diagonal. Iba adónde trabajaba, para cuando la dejaban salir. Al comienzo había varios hombres a la vez que la esperaban. Había competencia. Al final se decidió por mi padre, por el padre de Andrés. Pasaron los días, las semanas y a aquella espera, ya formal, le ponemos música: **VIC DAMONE: *On The Street Where You Live* (1956)**. Hubo alguna bofetada, palabras, tonterías, cosa de hombres. Incluso, una vez, le dio una torta mi padre a mi madre por celos tontos, por creer que fomentaba la competencia. 15 días de ayuno. Al final volvieron a salir. Solo una vez más le dio con la cartera negra del trabajo en la cabeza, como queriéndole hacer una caricia, sin saber que llevaba en la misma la llave de la portería, que pesaría medio kilo. Le hizo mucho daño y le dio un fuerte sopapo mi madre. No hay más violencia entre mis padres en este mundo tan sobrecargado de la peor de las violencias y a pesar de los precedentes, pero porque en estos precedentes, a pesar de todo, había amor. La suficiente proporción de éste, su enseñanza y el saber que la miseria era tan culpable como el alcohol, esta comprensión por parte de mis padres, sin ir a la escuela, sin ser fanáticos, me ofrece la mejor biblioteca de la vida. Quizá nos hacemos intolerantes nosotros mismos, leyendo únicamente libros, aprendiendo conceptos envenenados, pero sin tener apenas experiencia de la vida; y ésta no es ir por el mundo haciendo viajes en plan hedónico. Si estos viajes no comprenden como lo que se disfruta, si no aprendemos de la gente que sufre y ríe, ¿qué sabemos hoy en día?

MIS PADRES SE CASAN

El 25 de Septiembre de 1959 mis padres se casan. Esa fecha permanecerá incólume durante toda mi vida como si fuera mi fecha de nacimiento o la de cualquiera de mis seres queridos. No temáis, no os voy a dar moralina, simplemente que yo he tenido la suerte de que estas cosas duren, como a la antigua, pero que alegría cuando ese resultado proviene del amor que siempre se han tenido mis padres por muchas trifulquillas que tuvieran, como siempre, por cuestiones ajenas a su principal negocio: la vida de una familia. Los que estéis divorciados, separados o incluso hayáis entrado en una vorágine de relaciones, no os preocupéis tampoco si vuestro momento actual es de bienestar con la otra persona. Si no, no os voy a ensordecer con un discurso violento: solo os deseo que con la ayuda que preciséis intentéis mejorar en vuestro mundo emocional, porque de ahí resultará bondad para los demás, para los que te rodeamos.

Las fotos eran grandes, en blanco y negro mate fogoso, duras, porque antes era la calidad en estas maravillas del recuerdo humano. Mi padre alquiló un coche muy bonito, blanco y negro, con metalizados: salieron de la **calle Libretería**, donde vivían

realquilados, y en la misma plaza del ayuntamiento y de la Generalitat se montaron para ir hacia la **capilla del Pilar**, ya en los barrios altos donde trabajaban ambos. Al día siguiente de la **Merced** se produjo el milagro. Otra casuística para el cerebro sazonado de Andrés. Los detalles que tengo, aparte del día de la boda, son los de un cielo esplendoroso al sol, mi **tía María** y mi **tío Pedro**. vinieron en vez de los abuelos maternos, y yo, mientras tanto, yacía en el pre-limbo. El momento sagrado fue sublime en una capilla moderna de caja rectangular muy prolongada. Tonos blancos y líneas marrones oscuras con figuras clásicas y modernas de vírgenes y santos. Y ya casados, tras las palabras mágicas, comenzaron con sus anillos el camino tan prolongado. La comida de la boda fue en el piso de realquilados, con bocadillos, tapas y dulces, vino, cerveza y champán. Por la noche se fueron solos a **Can Culleretes**, el restaurante más antiguo de la ciudad, y que me sorprendió no saberlo antes, hasta que los del trabajo en el que estoy ahora, un albergue, íbamos por Navidades a celebrar la comida supuestamente santa. ... Sorpresas de la vida, pero que entran demasiado dentro de esta mente que ve tantas cosas relacionadas, tantas cosas a las que les da importancia... La noche ya llegó para la pareja de recién casados como una virginal vigilia del comienzo eterno de su vida en común por siempre. Esta frase, rimbombante para muchos, era para Andrés de un certero inalterable que jamás le boicotearon y que por ello mismo grabó en su mármol neuronal también por siempre. ¡Uf! No hay ninguna indirecta contra nadie, solo amor y por ello lo proclamo, pero como ya os he dicho antes, solo os deseo lo mismo a todos vosotros.

En el calendario interior de Andrés, esa fecha se ve en una clara imagen geométrica de trazos y luces, que dividirá hechos ulteriores, acontecimientos personales, eventos históricos, fechas de libros, de música y cine, del arte en general. Podía dibujárola, como todo el calendario de la historia, incrustado igualmente dentro de él, y estrechamente fijado con idéntica geometría desde incluso las mismas eras geológicas; solo hace falta utilizar un zoom adecuado a sus características y que únicamente él conoce. Describirlo sería áspero para vosotros; sentirlo sería mejor, pero mis palabras, en forma de frases, son torpes y solo os pueden ofrecer ciertos retazos. En fin, será mejor dejarlo ya, pero es claro que el sol, a partir de 1962 es reluciente, y que ya en 1959 comenzaba a amanecer. Antes los años son oscuros, menos en los 50's, mucho más antes, con tantas masacres y episodios bélicos, esos que emocionan a muchos dementes de la historia porque no saben lo que es estar viendo la muerte, día tras día, sea en Stalingrado o en algún maldito campo de exterminio o sufriendo como te bombardean la casa, toda habitada por tus seres queridos. Juegos de guerra de los enfermos en paz.

MIS PADRES VIVEN REALQUILADOS EN LA CALLE LIBRETERÍA

Y pervivieron a partir del día de la boda. Antes era todo un acontecimiento y los matrimonios se regían a raíz de ese principio. No había convivencia previa por lo que

el milagro o el fracaso podían producirse. También ahora hay cosas extrañas y la boda, el acto en sí, es el principio del fin. Durante el pasado, los matrimonios donde no existía el verdadero amor, sobre todo por el estúpido comportamiento autoritario del hombre -el violento animal que llevamos dentro-, el sufrimiento de la mujer, de los hijos, los malos modos, el desprecio y hasta el maltrato, caminaban en silencio. Hoy también existen casos de silencio por culpa de la violencia, por culpa del amedrentamiento. Lo que no me gusta tampoco del actual mundo moderno es la poca entrega de muchas de las parejas, del uno hacia el otro; la mujer, por un lado, ha copiado los estúpidos estándares del hombre, no ha inventado nada nuevo y lúcido, mientras muchos hombres caminan en su terco machismo. Yo, en cambio, tuve suerte, mi madre administraba el dinero, mi padre se quedaba algo para su cervecilla y una anchoa, mientras la confianza plena se traslucía en compartir la misma cuenta corriente. Parece una tontería, pero este detalle crematístico mostraba el verdadero amor que se profesaron mis padres. Y así yo y mi hermano hemos salido de bien, a pesar de mi enfermedad, muchas veces incapacitante, pero esto es otra historia, muy independiente del querer de mis padres y que ahora bien comprendo.

Convivían en el piso de realquilados con la dueña, la **señora Casteller**. Mi madre tenía su periquito: tanto amaban a los animales mis padres de tierra adentro en plena naturaleza. Ahora encarcelamos menos a los animales, pero el corazón no se abre frente al milagro natural. Todo son antojos y cosas pasadas de moda. Nada permanece ya. Como mi padre trabajaba al 2º año en la **Hispano Olivetti** de máquinas de escribir, en el turno de noche, pues la señora Casteller se llevaba a la madre de Andrés al cine, pero casi siempre a ver películas de juicios. Qué tostón para un espíritu tan joven. La radio la acompañaba mejor en las casas donde trabajaba y mientras hacía sus quehaceres en el piso de la calle Llibreteria. El canto natural surgía desde dentro de su cuerpo, allá por el corazón, al que hoy le llaman simple músculo, en estos tiempos en que hemos perdido la poesía por culpa de esos científicos sin alma, que encima ya comenzaban a presumir en algún primer programa de la tele, de la misma radio o en otro artículo del periódico. Los libros igualmente correteaban haciendo ya de las suyas. Menos mal que gracias a ese músculo se estimulaba el cerebro de los sentimientos; ¿os parece así mejor, seres atormentados y aburridos? Cuando se deja de lado la verdadera fe, se pierden las cosas elevadas. No me refiero a la fe de ese obispo soberbio al que le gusta que le lleven la estola, como una puta que va a una boda. Me gusta hablarles mal a este tipo de gente, que encima no tienen ninguna fe y que envenena nuestras vidas. Y perdonar, putas, que la mayoría no estáis endemoniadas y a las que todas deberíamos ayudar de otra manera, incluidas a las endemoniadas.

El periquito seguía cantando, pero un verano, durante las vacaciones al pueblo, se lo dejó morir la señora Casteller o simplemente lo mató por algún odio contra mi madre. Cuando ella vino, la puso buena, y bien puesta en su sitio, semejante avispa endomingada durante la peor misa de los domingos. Era una simple cuestión de tiempo y de dinero que un día u otros los pajaritos recién casados se fuesen a su piso de alquiler, pero ahí también quedarían algunos de sus mejores recuerdos, a pesar de semejante casera. La madre de la misma moriría estando los padres de Andrés. La

madre de éste la cuidó sus últimos días, recibiendo a cambio más amor que el que le profesó a su propia hija avinagrada. ¿Por qué, cuando estamos amargados, intentamos atormentar a los demás y no buscar la ayuda procedente del exterior, de manera sincera y hasta lógica?

Los visillos blancos de las habitaciones de atrás y de la habitación de mis padres daban a la calle **Paradís**, el punto más alto del **monte Tabor**, donde se alzaban las columnas gigantescas, los restos del templo romano por excelencia en **Barcino**, el **templo de Augusto**. Veían la catedral por detrás, por su girola. Estos emigrantes, junto a otros que conocían en porterías y tiendas, estaban invadiendo, con su gracia, la **Cataluña** histórica y la tranquilidad y pausa de vivir en lugar tan excelente, abriendo las puertas a un sincretismo esperanzador. Hoy, como siempre, el hombre vuelve a individualizarse y a reducir las culturas y las formas de expresión. Hoy, Cataluña, a pesar de los nuevos emigrantes, tan sencillos y naturales como los que vinieron antes desde el interior de España, me suena a aburrida, me recuerda, aunque sea de lejos, la disciplina militar y terrible de otros tiempos, y es indudable que el Barça, lleno de mercenarios y de pútrido dinero, jamás podrá sustituir la sencillez de aquellos corazones. ¡Mueran esos burgueses, de todos los tiempos, que solo pretenden sus prebendas a costa de los de siempre! ¡Vivan los burgueses que no se creen tales y que prefieren el piano al himno, la pintura al poster de propaganda y el mambo al baile aburrido que nos pretenden imponer, aparte de estar subvencionado!

MIS PADRES ALQUILAN EL PISO DE BAÑOS VIEJOS

Y mis padres consiguieron un 1º 1ª en la **calle Baños Viejos**, en el nº 20. Ellos, siguiendo con la historia del arte, fueron a una calle menos transitada, mucho más húmeda y oscura, pero con el acierto que desde sus balcones se podía ver, aunque fuera solo un lateral, la Catedral del Mar, **Santa María del Mar**. Además, como el balcón del comedor daba a la libertad encerrada de una calle abierta hasta el fondo, donde el **bar El Túnel**, el cielo se podía ver por encima de los 4ºs pisos durante unos 50 metros. Eso evitaba el constreñimiento total de la mente. El piso tenía un techo de 4 metros de alto, que más tarde mis padres bajarían, había galería en un patio más o menos grande y tenían derecho a un cuartillo trastero en la portería y que mi padre cerraba con un candado que todavía no era violentado durante aquellos tiempos, ¡ni de lejos! El piso estaba sucísimo, asqueroso, sin pintar, guarro como los inquilinos miserables que habían vivido hasta entonces. El inspector de plagas e higiene del ayuntamiento no le quería dar la licencia de habitabilidad a la madre, pero ante las convincentes explicaciones de ella: *“No se preocupe, buen hombre, que tiraremos toda la guarrería antes, yo lo limpiaré a fondo, con sulfumán primero, después con jabones y legía, y junto con mi marido pronto lo pintaremos, y ya verá como todo quedará limpiísimo al cabo de un mes.”* El inspector comprendió la sinceridad y fuerza de sus palabras, que se iban a hacer las cosas así, como ella decía, y que en seguida la miseria de la post-guerra quedaría atrás en aquella casa. Eran los nuevos

tiempos, en 1961, cuando todo renacía por fin en España. Mi padre ya trabajaba de día en la cadena imparable de la fábrica, pero la juventud de ambos consortes ofrecía, a los 32 años de uno y a los 26 de otra, la esperanza convincente de que el *boom* comenzaba a ser una realidad en esta gris y no tan negra ya, España o Cataluña, o como le queráis llamar a este pedazo de maldita tierra que se nos llevará un día u otro por delante. Nada nos llevaremos de aquí, pero espero que nuestros fantasmas conserven solo nuestros recuerdos positivos, porque en el Más Allá no están permitidos todos los demás, ¡malditas hienas!

Y la televisión ya entró en nuestro hogar, una de las primeras de la casa. La juventud casadera, que ya comenzaba a ganarse un poco mejor la vida, deseaba la modernidad. Ya no le bastaba la radio y ahí tuve yo la materia prima para disfrutar de las mejores series de toda la vida y de esas películas en blanco y negro que me doblegarían muchas veces el ánimo, perdiéndome entre la locura de su fantasía. Las noticias llegaban vivas, con imágenes, y por ahora ese primer tubo de neón no era nada nocivo, porque la censura ya se sabía por dónde iba, mientras el morbo y la putrefacción de los anuncios aún eran radiación de baja intensidad. La moda ofrecida por su tremendo poder era indulgente, la música muy viva y las primeras series muy dignas, porque el héroe era héroe y no tenía que intervenir en ninguna operación quirúrgica dopado. Los sueños te alejan de la realidad, pero asimismo poseen la fuerza de los valores más altos. Te puedes convertir en un ingenuo como yo, pero lo bueno de esto es que a todo el mundo lo tratas de manera cándida, con amor, por lo que no medras ni calumnias nada contra él.

Mis padres disfrutaban durante la primavera y el verano con los balcones abiertos, protegiendo la intimidad del del comedor con una sábana que dejaba libres los lados, había macetas verdes sin flores y en las tardes y noches calurosas bebían fresca cerveza y champán, sin hijos aún, en un continuo romance cargado de amor. Los rayos del sol provenían del estrecho pasadizo de la calle de **San Antonio dels Sombreers**, pero eran los mayores rayos de esta zona del barrio, que duraban poco, y que de manera natural animaban su juventud. En 1962 se decidieron a tenerme ya, por lo que pasaron 3 años tranquilos gracias a los condones que compraba mi padre en el puerto. También se compraba buen tabaco y puros, verdaderos habanos y frescos, de contrabando. No tenía miedo de infringir la ley porque la ley siempre infringe a la Humanidad. Los condones ya eran necesarios y así que a mi hermano y a mí nos tuvieron de forma controlada, evitando que la loca naturaleza hiciese estupideces como siempre.

PRIMERAS LUCES INFANTILES

¿Qué puedo recordar como primeras luces de la vida? Muchos se empeñan en querer acordarse, lo antes posible, de aducciones extrasensoriales porque así aderezan sus desayunos de adulto. ¿Pero de qué sirve eso? Dejemos las zarandajas. Yo, sin embargo, y debido a la enfermedad, ha quedado muy soterrado ese mundo infantil

primario. Ahora, casi curado, ya vuelve a borbotear la infancia de forma natural. Y las cosas fueron de otro modo en mí. Una timidez muy profunda, intimidada por mi biología, más que nada. Yo no puedo decirlo, que recién cumplido el primer año, tuve conversaciones con **Einstein** a través de los documentales que daban por la televisión en blanco y negro. Yo solo recuerdo el alma, el cariño y los primeros sufrimientos con y junto a mi familia. Ella es la que verdaderamente me ha dado la vitalidad, a pesar de mi inexperiencia, de cierta aspereza en algunos momentos de la adolescencia, de mi primera y segunda juventud, e incluso en la posterior de adulto y hasta de reviejo. ¡Pero cuánto amor ha habido! Tras la muerte de mi padre, surge de cualquier lado profundo, y hasta vacío, todo lo que aún debía haber hecho con él; pero no vale la pena martirizarse. Se han hecho muchas cosas buenas junto a mi padre, mi intento fue definido y a pesar del diablo de mis neuronas, conseguimos darnos, por la mañana, antes de ir al trabajo, un nuevo beso paternal, fraternal, unas 3 horas antes de morir. Sea entonces mi larga narración troceada, para se supone mejor digerirse, la que explique todo lo que bulle en mi sangre.

Y así que aquel barco fue una de mis primeras adhesiones a la vida desde el otro mundo primario, primigenio. Como cuando veía llover enfrente del balcón del comedor. Se alza la calle **Sant Antoni dels Sombrerers**, 4 pisos hacia el cielo, que muchas veces es azul a pesar de tantos días nublados por la bruma del mar. Este barrio antiguo de Barcelona pertenecía al Casco Antiguo, **al Raval**, al de la **Ribera** donde estábamos enclavados, por mejor decir, por Santa María del Mar, la **calle Platería**, la **plaza Palacio**, **el Borne**, **Santa Catalina** y un poco más allá hasta **Correos**, el puerto y el **parque de la Ciudadela**. Y las calles estaban adoquinadas por cuadros pétreos cuya anchita separación, una tierra muy negra y sucia, separaba. Caminar por ahí, como con el triciclo, era romperse y romperlo. Las viviendas guardaban la vida y la muerte, todas las cosas que desconocía y que el misterio de mi mente, ya recurrente, rellenaba, se inventaba, ante la imposibilidad de conocer la realidad. Este ha sido uno de mis primeros defectos y de mis mejores huidas de la cruda existencia o del amargo estar de las cosas; pero también ello me alejaba sufrimientos al pensar siempre en el sol, al claror de la alegría que imprimían sus rayos en la alcoba de mis padres, por los cristales superiores de su balcón, aunque estuviera cerrada su puerta... pues que preparé un mundo alternativo que quizá mereciese, cuando yo ya fuese mayor, un mejor premio. Pero el sufrimiento ya vendría después, ciego y enfermizo, para hundirme y renacer, muchísimos años más tarde, de todas mis cenizas. Os preparo y no os preparo el camino de las novelitas de mi vida, de nuestras vidas, porque me gusta adelantar algo y no adelantar tanto; pero lo que sí es cierto para mí, es que se me hace inaguantable no relacionar pasado y futuro en cualquiera de los presentes argumentales y que conformarán mi obra ingente.

A continuación, a retazos, os voy a continuar relatando mis primeras impresiones, como aquella del barco en la pared, como éstas de los balcones, del comedor y de la alcoba, de la calle enfrente que me perfilaba una suficiente perspectiva dentro de la

congestión mental que las callejuelas estrechas de mi barrio me producían, y que también, creo yo, intimidaban a los demás vecinos del mismo, seres que convivían, se supone, con nosotros; pero igualmente veréis que antes había mucha mayor gente con alma, que al menos hablaba, aunque fuera para decir tonterías y alguna que otra maldad, pero hablaban, eran humanos, no como ahora, convecinos cibernéticos aquí en la **Sagrada Familia**, en el 3er. milenio, cuya justicia de protocolo defendéis, pero que me dais tanto miedo como los de antes, tanto miedo por que venga una escasez dura y de verdad, porque de seguro que pronto buscaríais vuestras víctimas con las que satisfaceros. El **London** que todos llevamos dentro, para nuestra desgracia existencia, saldría atávicamente para degollar y violar, para robar y gozar con el sufrimiento ajeno.

... ..

Estos siguientes retazos, para bien y para mal, se podrán desarrollar ulteriormente:

- El gran campanario de *Santa María del Mar* se alzaba sobre la larga mole de piedra gris de su iglesia, allá al fondo, cuando yo acompañaba a mi madre a tender al terrado. Los recuerdos siempre bañados en sol mediterráneo, tanto la azotea como el campanario. Las baldositas pequeñas, de teja roja catalana, estaban bastante negras, aviejadas, con moho y pequeñas plantitas que crecían sobre su descompuesta, químicamente, superficie de separación. Había 2 patios; me asomaba con terror a ellos. Me costaba, pero quería completar la altura asesina. Ya no podía evitar ciertos impulsos. Y ahí, ventanas y balcones empotrados de ropa blanca tendida en los últimos pisos... En un patio, el nuestro, contemplaba, abajo de todo, en el suelo ya, cómo en el primer piso real estaba nuestra mitad de galería dividida por la verja. Allí vivíamos. El primero tenía ventajas. Se llegaba muy pronto; pocas escaleras había que subir. No había ascensor, claro. Pronto comprendería que eso era patrimonio de las casas más ricas. Pero nuestro primero tenía esa media galería, los 2 balcones más grandes y un cuartucho en la portería para guardar cosas. Éramos unos privilegiados también. Por algo pagábamos más alquiler, pero tampoco mucho. Eran tiempos de buen populismo hasta que llegaron los capitalistas socialistas del Boyer y cambiaron la ley de arrendamientos. Cada vez entiendo menos de política. En fin, tenía yo vanidades infantiles que menos mal que mi razón adulta ha sabido diluir.

Era terrorífico entonces asomarse a ambas calles, a la nuestra, a Baños Viejos y a la calle **Mirallers**. Mirallers era muy estrecha; decían que verdaderamente ahí había nacido **Agustina de Aragón** y no en la calle **Unión**. Qué verdades las infantiles y las hijas del rumor popular. ¡Qué caída, qué caída!; el sentido de la muerte y del fatídico accidente ya los concebía, aunque muy allá en la niñez no es que podamos ir conmigo. Vamos a dejarlo en 4 o 5 añitos, y eso que los pequeñuelos lloran mucho cuando temen algo. Otra de las cosas que recuerdo del magnífico y gran terrado, formado por 2 grandes alas, una a cada lado de una calle, unidas por un pasadizo muy ancho en el lateral más distante desde donde podemos contemplar Santa María del Mar, son sus paredes, protegidas por teja catalana también en su parte superior. Blancas, tendente al gris del tiempo, eran su color, un gris proveniente de un cemento arenado, de factura pobre, evidente para esas viviendas. Y nos subdividía otra verja,

girándonos 180°, del otro terrado, mirando hacia la montaña. Había en algunos de sus hierros superiores unos pinchos para hacer daño, para que no saltaran los ladrones, decía mi madre. Es decir, que el mal, las grandes alturas y los ladrones malévolos, convivían en este nuevo mundo mío. Y a la derecha se veía la Sagrada Familia; cómo destacaba. Mi madre decía que le gustaría vivir con el tiempo allí y mira por donde la casualidad. A la izquierda se alzaba un edificio poderoso y blanco, cercano, junto a la Vía Layetana, del **Sindicato Vertical**; me gustaba tanto ver su ascensor subir y bajar, uno que lo hacía por un patio interior, abierto por la zona de mi campo de visión. Este subir y bajar muchas veces tenía un ríntintín aburrido; me quedaba contemplándolo obsesivamente, como si fuese un tren; no había en esos momentos otro divertimento férreo que ese ascensor; tenía que estar con mi mamá, en el terrado, hasta que terminase de tender y de tomar un poco el aire. Cientos de antenas de televisión me saludaban desordenadamente. Y mis trenes y coches de plástico correteaban por encima de los muros del terrado. Me daba miedo hacerlo sobre la calle, no cayesen; un impulso indestructible, aunque fuera muy pocas veces, me obligaba ya a hacerlos pasar por el lado de la muerte. Cuando los recogía, me quitaba una gran carga de sufrimiento, pero al poco, me picaba de nuevo ese mal instinto y tenían que pulular, sobre la cascada de obra vertical, vagones y vehículos, helicópteros y barquitos, todos ellos de plástico flexible.

- *Los cochecitos, las diligencias, el gran barco de plástico...* Yo estaba en la cama de mis padres, convaleciente de las anginas que me sacaron. Era un día soleado que entraba con toda la potencia de sus rayos desde los ventanales superiores del balcón. A pesar de que la calle era estrecha y estábamos en el primer piso, como teníamos cerca la cruz de la calle Sant Antoni dels Sombrerers, a esa hora, las 11 y las 12, el sol triunfaba. La cama de matrimonio, de madera oscura clareada, trabajada suficientemente para los trabajadores, se mostraba a mis pies. Sobraba tanta cama. Y enfrente, el amplio espacio para unos obreros. Era la sala-alcoba, donde hace ya un tiempo pinté aquel barco en su pared. Me duelen mucho las anginas, estoy rendido bajo la manta y la colcha, sin fuerzas, pero mi madre viene tan contenta de comprar. Y trae un esplendoroso y gran barco de plástico, un transatlántico de quilla, obra viva y muerta azul marino y de cubierta y superestructura blancas, con algunos toques rojos y negros. Banderitas, ventanitas y las potentes chimeneas. Era un súper-barco empaquetado en plástico transparente. Y llevaba ruedas. Mi rectitud no comprendía que esas ruedas eran para los mares de suelo de todas las casas. Yo solo concebía que flotase en verdaderas aguas. Lo llevaba a las fuentes piscinas de los parques. ¿No era un barco? Así eran los juguetes de los pobres en los 60's, gracias al plástico: asequibles. Y yo muy contento. Ahora no sé ya si fue cuando las anginas el barco o la diligencia de 4 caballos. Las diligencias de 4 caballos eran portentosas. Y si fuesen de 6, mejor. Gustaba de la largura y enganches de los juguetes. Así los trenes, ¡los mejores! Y esos caballos blancos y marrones, algunos negros o como los de los indios: blancos con motas negras. Era el mundo del *Far-West*, muy dominante en aquellos tiempos para los niños. Mi madre tan contenta ofreciéndome los juguetes.

Recordaba ella sus muñecas de panocha y con ojos de botones. Ella que solo había disfrutado de juguetes imaginarios.

Los primeros Reyes puede que fueran el muñeco payaso de cartón, el que sale en una foto oscura, de una máquina muy mala que compró mi padre. El muñeco, que durmió una noche en el balcón, se mojó y se estropeó con la lluvia. Yo lloré, pero debía ser mucho más pequeño que cuando las anginas. No me acuerdo. Solo está la foto de mi disgusto y yo era un evidente niño que casi no sabía andar. Los Reyes eran esos ángeles que durante la noche mágica del 5 de Enero nos entregaban a todos los niños los juguetes que habíamos pedido. Mi padre y mi madre compraban los presentes para ellos: cigarros de chocolate, botellita de champán, troquelada con papeles de plata de colores brillantes, como verdes; azules, rojos y amarillos eran otros presentes. Y yo emocionado, totalmente entregado al embeleso, veía cómo mis padres lo dejaban todo encima de un mantel blanco de puntillita, con mis zapatos junto al balcón, el cual quedaba lo suficientemente abierto para que pudieran penetrar sin problemas sus majestades y sus pajes. Comerían y beberían hasta un poquito de licor, que les dejaba mi padre en 2 vasitos. ¡Magia! ¡Ceremonia! ¡Rito! En todas las casas de todos los niños del mundo tomarían lo que pudieran, darían algo a sus pajes y camellos y tendrían tiempo suficiente para dejar todos nuestros juguetes. Magia sobre la calle iluminada con mercurio azulado y que alumbraba la oscuridad adoquinada. El cielo estaría lleno de estrellas, y si miraba hacia Santa María del Mar, los ventanales coloreados estaban iluminados: era un día de los grandes Yo me iba a la cama, arropado, emocionado por la misma impresión que mis padres observaban en mí. Ellos disfrutaban igual, tanto, como no habían podido disfrutar de la noche mágica cuando pequeños.

- Cuando paseábamos por la Rambla y sufría tantos *costipados* seguidos. La operación de anginas. Esos paseos desde la **Plaza Universidad**, desde la **Plaza Cataluña**, desde el centro. Esos paseos que hacían mis padres conmigo. tan débil de piernas, temblándome. Bajaba la Ramblas gracias a sus manos y yo no podía sentir más frío. No era normal y me tuvieron que arrancar las anginas. Era la costumbre de aquellos tiempos. Mejoré mucho tras la operación, no obstante. Puede que hubiese sufrido menos *costipados* con ellas, pero ¿quién sabe? Ahora no se suelen arrancar. Puede que las mías fueran muy malas y yo pasaba triste, transcurría la ciudad sin saber, sin conocer quiénes vivían a partir de sus vacíos portales. Noches cerradas de invierno, más iluminadas por las Navidades, pero de gran ambiente por **Puertaferri**. Bares y cafeterías grandes, con muchos bocadillos en los escaparates. Yo tenía algo de hambre, pero todos los deseos no se podían gozar. Yo estos conceptos poco a poco los fui asimilando. Sabía lo que podía y lo que no podía pedir. Ese deseo, por siempre capado, pero también, ¡cuántos juguetes y tebeos tuve! El misterio de ciertas calles estrechas con menos luz, mis temblores y el frío; las luces, la electricidad, cierta modernidad que iba aprendiendo, como ese mi mirar triste, dibujaban los mismos paseos. En ocasiones íbamos por calles malas como la de **Escudillers**. Ahí intuía ciertos vicios humanos que mis padres me explicaban con neutras palabras. Las mujeres iban muy pintadas y con ropas poco apropiadas.

Estaban en las esquinas y en algunos bares, en las barras que daban al exterior. Los marineros y militares paseaban y rebuscaban. Otros hombres hablaban con ellas. En fin, aprendí de forma externa ciertos males de esta parte baja de Barcelona, cercana al puerto, punto común en muchas ciudades. Tanto me enseñaban ya mis padres, incluso a su manera. Yo, no obstante, continuaba viviendo al ritmo de la vida paterna y materna más común; mis instintos y ganas de hacer estaban orientados en las cosas de los niños, en los juguetes y en la naciente televisión. Todo llegaría ya en su momento. Es decir, no poseía yo ningún intelectualismo pre-natal ni sabía lo que significaban semejantes palabras.

- *El doctor Anglada* era mi médico, el de los niños. Estaba en **Balmes**, junto a la **Gran Vía**. Yo esperaba mi turno, junto a mi madre, sobre unas sillas de madera clarita, todas iguales y engarzadas entre sí, formando 2 hileras ante la puerta del mismo material. A los lados de ésta crecían 2 paredes de vidrio grueso, formadas por ladrillos cuadrados de esta arena calentada, opacos y con efecto redondeado en su interior. Solo se apreciaban sombras informes a su través y voces inconexas muy silenciosas, cuya conversación la conformaban unas larguísimas palabras ininteligibles. Tenía miedo al médico, sobre todo por la molesta paleta de madera que siempre investigaba mis anginas y que me hacían respirar mal, provocándome ahogo y tos por su contacto tan seco y desagradable. Y a veces me ponían inyecciones, a las que tenía pavor, haciéndome mucho daño en el culito. Pero todo esto era necesario según mis padres, por lo que siempre mi carácter sumiso aceptaba ir sin protestar. La historia de mi vida, como la de tantos niños, aceptaba todas sus decisiones.

- *La operación de anginas* llegó y como sabía que me iban a hacer mucho daño, estuve los días antes de la operación aterrorizado. No sé cómo me enteré de que iba a pasarlo muy mal; seguro que fue por culpa de las visitas al doctor Anglada, y que en absoluto era malo, pero que por la naturaleza de los propios hechos de la salud, el terror era consustancial con ellos. Lo cierto es que ahora, en perspectiva, hechos como la operación y otros, los inflamaba aún más mi propia naturaleza interior. Más había ciertos detalles... Pues hasta llevaron una manta mis padres para ponérmela nada más operarme. Así les había dicho mi pediatra. Y en la **calle Manso**, adonde ya había acudido antes con mis padres, el chaflán del edificio sanitario, curvo, en las postrimerías inferiores del ensanche barcelonés, agrisado metálicamente, moderno, propio de los años 60's y joya ambulatoria de la sanidad franquista o de la postguerra o como le queráis llamar, se abría con parecidas maderas en los mostradores, también curvos de la entrada, y en las sillas de la sala de espera de la 2ª planta. Allí estaba con otros padres y otro niño; después solo. Las mismas paredes acristaladas fuertemente, con el efecto curvo en sus vítreos ladrillos cuadrados. Pero aquí la pared daba a un pasillo paralelo que defendía las puertas de las salas de visita y de intervención. Existía una mayor separación por la naturaleza de las consecuencias. Y hubo gritos del niño que me precedía. Y mis padres me mimaban y ya estábamos solos y el silencio era imperioso, con respecto a la planta baja, dominando el fondo de mi miedo. Era un terror indescriptible, porque ese niño había estado chillando de dolor.

Y se lo llevaron por el pasillo a la derecha y no vimos más al niño. Me tocaba a mí. Y llegó mi hora y mis padres me agarraron a la silla mientras me ataban y la enfermera me ponía bajo la barbilla una especie de vasija metalizada, a la vez que el médico, que daba órdenes a todos, me abrió la boca, la que quedó abierta con un aparato, introdujo después su tenaza, también de color metal, en el fondo donde mis anginas, y sin anestesia cortó y las sacó. El roce anterior del aparato que contenía mi boca abierta, muy abierta, ya me hacía daño; la preparación previa, el no saber qué iba a pasar; no se me dijo nada, solo que me iban a sacar las anginas; pero yo intuía no sé qué; el roce de la tenaza, el dolor inmenso, dolor como nunca, la sangre saliendo brutalmente sobre la vasija, ese calvario, esa sangre, el algodón que estuvo incrustado en mi boca, con varios apósitos hasta que ya no salió sangre... El mundo en este punto era horrible. Me cogieron mis padres envuelto en la manta. Salimos por el pasillo hacia la escalera de salida, no a la sala de espera, con las últimas instrucciones que yo desoía: esta medicación, el antibiótico... Yo vi una escalera que jamás había visto en este centro médico. Había luz de tarde... Parecía un patio, pero el niño no sabía adónde daba, y él se fijaba en esa luminaria y bajamos los pisos, mientras el silencio del edificio, ahí, era perpetuo. Mis padres me calmaban. Yo continuaba llorando. Había gritado mucho con el dolor. Normal. Me llevaron en taxi; el tema era muy grave, nosotros, que no cogíamos taxis por lo caros que eran. «*Ahora en casita te curarás pronto.*» Mi madre sí que me consolaba; mi padre estaba ahí apoyándome, pero el pánico había sido tanto. En el taxi el dolor continuaba; en casa también; era insoportable, pero pasaban las horas a pesar de todo... No recuerdo si tuve pesadillas, aquellas tan terribles cuando tenía fiebre, pero al día siguiente, y durante alguno más, el dolor era muy intenso, pero el barco o la diligencia aliviaron mi vida aquella mañana siguiente, por lo que poco a poco la cosa se fue reconduciendo. Igual que el contenido de las píldoras rojas del antibiótico. No podía tragar las cápsulas por el dolor. Nunca había visto semejantes pastillas, solo las de la aspirina. Realmente estaba ante un asunto médico severo. Al final mi madre comprendió y abría ella la cápsula y me decía “*Trágate rápido que si no, no hace efecto, ha dicho el cirujano*”. “*Toma otro poquito de agua, enjuágate la boca, con todo el polvo que quede, y trágate.*” Que mal sabía semejante polvo químico. Era terrible el momento previo y el momento in situ de la toma del antibiótico. Fueron días muy duros que siempre recordaré; bueno, ahora sin apenas síntomas en el recuerdo, la verdad; más bien hasta que fui un poco más mayor y el olvido hizo su buena obra. Quizá a los 15 años ya olvidé sus peores impactos. Y sin analgésicos. No habían, no se utilizaban, no sé.

- *Cuando pasábamos por la calle Escudillers* había una subdivisión final que seguíamos por la parte derecha más tupida y menos luminosa. Tras unas pocas luces, la calle, triste, agrisada, mate, daba a una zona ensanchada donde aparecían las oficinas de Correos por detrás, con su magnífico puente entre edificios. Poco después llegaba la Vía Layetana, que necesitábamos pasar con semáforos. Las grúas del puerto y algún barco se vislumbraban entre cierta bruma por abajo. Arriba, a la izquierda, se iluminaba mucho más la ciudad. Cruzando rectos nos abríamos hacia

nuestro barrio, por otra calleja hasta llegar al ensanche de Santa María del Mar, muchas veces iluminada, ofreciendo su bombillaje amarillento y puro hasta el Cielo. Ya estábamos en casa, por Sombrerers y en Baños Viejos. Momentos y momentos, repetidos una y otra vez, que alimentaban, con el mismo combustible de sensaciones, el neuronal sentido de nuestro pequeño héroe.

- *Otros de los muy malos recuerdos, pero que siempre terminaba tan bien, era el del hambre de algunos miércoles y jueves.* Mis padres habían hecho reformas en el piso y tenían muchos gastos; los cálculos de los obreros no suelen funcionar con el sistema capitalista ni con cualquier sistema anterior o futurible mientras la injusticia impere. Tampoco se les puede pedir que sean contables; ellos ya tienen suficiente con el día a día y a veces las previsiones fallan. Era la época en que mi padre cobraba por quincenas. Las tardes casi siempre eran nubosas: sus brazos plomizos se hacían sombríos. Solo había tomado un caldo sin apenas sustancia en la comida y recuerdo una tarde en la que no tenía colegio y esperábamos con ansiedad la llegada del sobre de mi padre, dinero que traía en mano en un sobrecito de color marrón. Su llegada significaba la alegría y el que nos fuéramos mi madre y yo -ella me llevaba- a la tocinería que hay detrás de la Iglesia y que todavía existe, pero muy modernizada para hacer juego con los nuevos tiempos. Ahora hay tonos oscuros; antes era la blancura y la sencillez sus adjetivos. El queso, el jamón dulce, algo de butifarra compraba mi madre, y pan y leche donde la **Anita**. La tarde-noche, de esta supuesta última primavera -no van más allá mis recuerdos- fue gozosa y limpió el hambre de nuestras caras. Mi padre se salvaba más porque comía menú en el trabajo, aunque durante muchas cenas sufrió la escualidez. *El recuerdo, cuando lo tengo bueno, muestra la dureza del hambre. Maldita raza que aún continúa propagando y permitiendo la inanición en el mundo. Es en momentos como éstos en que mi violencia tiende a hacerse efectiva. Gracias, sin embargo, a los que ayudáis con donativos de forma sincera; a los que trabajáis allí, en los campos del hambre, viendo morir continuamente a niños y mujeres, a hombres también. Aunque los niños son los que menos comida reciben, aún menos las niñas porque se dicen que son menos productivas o porque el macho hasta en los últimos momentos muestra su fuerza bruta. Mundo terrible que enloquece todavía más mi enfermedad. Y aún así, Dios, espero que al concedernos plena libertad en medio de unos instintos alocados, haya un cierto sentido al fin. Todavía tengo fe, pero quizá la hubiera perdido al morirme de hambre mientras contemplara los cuerpos de mis hijos inertes. Sé que la Constitución Divina es siempre buena y ética, pero su obra ha sido demasiado terrible para muchos infelices durante tantos años de Historia.*

- *Mis primeras clases son de mucho sol, de una señorita de bata blanca, alta y muy buena y todavía joven en su madurez: muy guapa para todos los niños. Su delicado trato colmó la ilusión por la vida que estaba comenzando a disfrutar. Recuerdo el sol que nos acompañaba a mi madre y a mí hasta el colegio. Se*

mostraban los patios interiores de algunos edificios góticos de la **Calle Barra de Ferro**, junto a la **calle Montcada**. Luz en el centro, en las escaleras, en las grandes macetas, alegría, vida, el **museo Picasso**. Quizá fuese la mañana de un sábado o de un día que hubiese fiesta en el cole mientras me llevaba mi madre a comprar, a que mirara cosas y a que me vieran las tenderas y tenderos que ella conocía. El colegio es la luz sobrenatural sobre todas las cosas que el niño ha de conocer. Santísima profesora que no nos pegaba y cuyo amor por los niños era tan sano.

- *El álbum de Vida y Color* es el primer álbum que el niño recuerda. Lo estaba completando su padre. El niño le ayudaba a abrir los cromos de los sobrecitos, aún con torpeza. Su padre los pegaba, aunque alguna vez acompañaba la torpe mano infantil para que comenzase a aprender. Aquellas tardes noche del álbum le abrieron el color, la vida en la selva, los bichos y serpientes espantosas, las tribus africanas. Aquel álbum era una de sus primeras puertas al mundo. El amor, que de su padre recibía, él lo entendía cada vez más, aunque el amor innato por sus padres ya caminaba desde sus primeros días. Solo hace falta querer a un niño. El balcón que daba a la cruz que ya hemos comentado alguna vez, donde el bar del Túnel al final, fulguraba de nuevo muy oscuro y dulcemente mercuriado por las farolas.

- *La tele y las series de televisión* comenzaban a salir en blanco y negro para mí desde esa televisión marca japonesa **Radiodina**. Las series del oeste mostraban su encanto; después estaban las de policías y detectives que le costaban más seguir. Pero las de Ciencia Ficción se abrían como el mejor reclamo, como la sublime representación, para él, de los tiempos modernos en los que estaba viviendo. Andrés tenía concebido el día como una continua cascada de series norteamericanas e inglesas que surgían desde el tubo profundo de neón. El mundo se abría con unas consecuencias que concretaban unos espacios de fantasía y moralidad muy acertados. Para el niño eran el escaparate de la realidad cuando principalmente procedían del ingenio de los guionistas y de su amabilidad moral. La violencia era comedida, el trasfondo ético era lo que privaba y es por ello que las licencias que se tomaban sus artesanos ayudaban a forjar el escenario mágico tan necesario para su mente infantil, el cual parecía estar a años luz de la cruel realidad. Pero es mejor que hasta los reportajes no muestren toda la crueldad existente. Solo por las noches, en el momento en que las personas de razón y edad ya pueden digerir ciertos enfoques inauditos, es cuando debían emitirse las mayores atrocidades de la Historia; y no durante mucho tiempo, pues acostumbrándonos a la brutalidad con video juegos, series y películas, continuamente, es entonces que te muestras insípido e insensible; o te da por la contraria y gustas de pegar y gritar a los que sí puedes dominar, ¡maldito cobarde! Necesitas ayuda en el fondo. Debemos ayudar a todo el mundo que sufre y el violento muchas veces sufre. Si la violencia se consume asiduamente, evita que te revuelvas contra ella y contra sus incitadores y causantes. Entonces el nazismo, el comunismo y el capitalismo se muestran como unos simples hechos históricos más, ¡y claro!, ya no te importa que tu ropa proceda de la misma fábrica en que murieron cientos de personas, allá por el consabido 3er. Mundo, hilando bajo unas condiciones

infrahumanas y por 4 chavos, para obtener el mero sustento. Sean esas series las que con la violencia adecuada nos hagan revolvernó contra la injusticia, contra el insulto, contra el amedrentamiento, contra la violación de derechos y de las personas. Incluso, el malo hasta en algunos episodios rectifica y pide perdón. ¡Oh!, bella *Radiodina*, que emites series tras la comida, durante la tarde y después de la cena, que haces soñar a los niños y jóvenes, hasta a los más mayores de aquella época, que recién venidos del campo admiran las naves astronáuticas por todas partes, ofreciéndoseles entremeses a su vez, cómicos también, que aún quedan lejos de sus posibilidades y formas de vida, pero que ahí están como si se tratasen de su rutinaria existencia.

- *Mi madre cantaba mientras lavaba* y yo estaba con muy poca luz jugando en el pasillo con los coches y camiones de plástico. Y se acompañaba de la radio y ella dejaba abierta la puerta del patio mientras lavaba en el lavadero con el agua fría. Y cantaba “*Morena, la reina de las mujeres*”, el tango aquél que comienza con el “*Hay quién dice que hermosa es la vida...*”, “*Mi carro*” entre tantas coplas, jotas, canciones y nanas de su infancia también, las que siempre había oído escuchar a la abuela, a su misma madre; así los matices pausados y sentidos, provenientes de la voz de mi propia madre, me inundaban bajo una melancolía acorde con las luminarias que me rodeaban. Todo era incomprendible aún para mí, pero apenas había preguntas porque yo me dejaba hacer. Los niños nos dejamos hacer, reaccionamos solo ante lo inmediato: vamos al cole, jugamos, y es poco que comenzamos a preguntar. ¿Pero había tanta necesidad en mí? ¡Pues la justa! Eso sí, mi meta era sacar buenas notas y hacer los trabajos lo mejor y más originales posibles, para destacar en la clase sobre los demás y oír las alabanzas de la señorita, del maestro -maldita vanidad que ya envenena en la infancia-; no en vano mi madre siempre me recordaba: “*Obedece a la señorita, al maestro; cuida los libros, no escribas sobre ellos, y estudia, estudia mucho para ser grande el día de mañana; además, ten en cuenta que nos cuesta mucho dinero la escuela.*” Ya me extenderé más sobre ello, pero es que haciendo lo suficiente no bastaba, aunque mi madre entendía que en casa y a esta edad tenía que estar jugando mientras la oía cantar. Además, dibujaba muchas veces y repasaba las libretas. Las notas que obtenía eran buenas; se lo decía mi señorita, mi **profesor Baltasar** después. Por lo tanto, no había tampoco una gran obsesión incitada desde fuera, sino que la obsesión estaba más bien dentro de mí, en mis entrañas.

Y ese “*Morena, la reina de las mujeres*” se me hacía muchas veces repetitivo, aunque a mi madre tanto le gustaba. No paraba la radio tampoco de poner la misma canción. Pero es que igualmente ya me estaba aburriendo con mis juguetes. Quería más, otros cochecitos, más trenes y mis padres no podían estar comprándome cada día juguetes y juguetes. La tarde anochecía muy tristemente, sin luz y sin televisión; todavía no daban la buena serie de la tarde, sino simples programas rellenos de modorra y que el niño no entendía.

- *Los domingos, al parque de la Ciudadela, al puerto.* Tan tierno, recuerdo quizá a los 5 o 6 años los primeros paseos con mi padre al parque de la Ciudadela, yendo por la Plaza Palacio, subiendo por **Marqués de la Argentera**, ese paseo ancho cuyo

tráfico comedido albergaba esperanzas de una ciudad tranquila. Cuando entramos por la puerta de la derecha, formada por 2 hojas metálicas grandes, de negro agrisado, en respuesta a las inclemencias, cuya parte baja es lisa y que sustenta la superior de barrotes, pisamos un camino de tierra blanca, de arena con algún grano grueso, y en cuyos márgenes hay césped. A la derecha surgen árboles que ya no se ven por la ciudad, de un clima más húmedo y caluroso, como otros éxitos de procedencia subtropical. Al poco gira mi padre a la izquierda, me hace bajar unas cortas escaleras, 3, y cruzamos la calzada de coches permitidos entre semana por el parque. Subimos a otro camino, más ancho y jaleado a ambos lados por árboles más normales. Pero mi padre no sigue el camino hacia la derecha, sino que surca uno recto, que corta el camino principal y que le traslada a uno de los rincones interiores del parque, cuya sombra es inmensa, saludándonos con su frescor protector. El parque de la Ciudadela está lleno de todos estos rincones encantados fuera del humor público. Y me muestra una mesa de piedra, redonda, que contiene unas líneas que salen desde un punto donde pone Barcelona. Cada línea, en su vértice, ostenta el nombre de una ciudad. “¿Ves, Andrés? Eso quiere decir que Londres está en esa dirección -y me apunta con la mano por detrás suyo, hacia el norte. “Y Caracas, donde vive tu tío, mi hermano que me lleva 2 años, que se fue a las Américas a hacer fortuna. Cualquiera día viene cargado de dinero para toda la familia.” Y así las otras líneas apuntaban nuevas direcciones, nuevas ciudades, nuevas ilusiones. Pronto salíamos de ahí hacia el camino principal, pero por otro camino de magia verde. Cogíamos de nuevo el principal, que se había girado hacia nuestra derecha para seguirnos. Andamos y pasaban a nuestra izquierda “un invernadero, el museo de geología, y más allá están otro invernadero y el museo de zoología en esa especie de castillo.” Y otro domingo veíamos los invernaderos y los museos, gratis, el 1er. domingo de cada mes. Y al pronto girábamos hacia la derecha, bajábamos otras 3 escaleras y la carretera permitida, y hoy vacía, ahí estaba de nuevo. La cruzamos, subimos de nuevo a otro sendero y voy corriendo hacia los columpios de la derecha donde están los caballos que trotan. Los columpios me daban miedo como la semicircunferencia férrea a la que te tenías que subir, pues te podías caer y hacerte mucho daño; yo, como buen miedoso, ni lo intentaba. Sabía de mi poca habilidad y de mi segura caída. Así vence el miedo pero así se vencen también algunas heridas. ¡Huy! Tampoco considero tan importantes estas hazañas si no es que quisieras ser campeón de gimnasia, y a esta edad esas consideraciones ni las entendía ni las hubiese deseado de haberseme explicado convenientemente. En cambio, esas sillitas que giran muy cerca del suelo sí que son bonitas... como la arena que tanto me gustaba tocar, para hacer caminos, carreteras y vías de trenes. Pero tenía que ser arena húmeda. Por eso iba a la fuente y la echaba sobre la aburrida arena blanca y seca. Así puedes moldear y construir zanjas circulatorias para los trenes y vehículos. Sus muritos serán rectos, profundos, contundentes y no caerán. “¡Eh, eh, no te manches, que vas hoy mudado.” Obedecía enseguida. No era día de jugar en la arena. ... Al poco rato dejábamos los columpios y mi padre me llevaba de la mano hasta la gran cascada. El lago que la precede, con sus pececitos y sus redondeces en forma de orilla, sus islitas de árboles, equilibraba todo el conjunto del parque. Ya en la gran plaza, desde el magnífico monumento de

escaleras, que se desprende desde las alturas hasta el otro lago cascada, torcíamos por el camino del gran elefante de piedra, el mamut, y hasta las puertas del zoo íbamos. No podíamos entrar, solo 1 vez cada unos cuantos años. Era muy caro y yo ya tenía mi tebeo.

Ir al puerto era acercarse al agua de la vida, por mucho que estuviese sucia y oliese a aceites y petróleo. Pero el ambiente era más fresco y solía haber siempre hasta una tímida brisa. Allá al fondo, por detrás de los grandes barcos, de los muelles, de los enormes almacenes y grúas, girando y re-girando, estaba el mar abierto, la libertad física. Pero yo intuía muy pronto que ver solo mar sería más bien aburrido, que lo bonito era esa cercanía de la gran masa de agua azul y verde junto a un puerto variado por todas las grandes cosas que lo componen. Y una ciudad costera, como esta vía para los trenes de carga, que también precede al mar, dándole colorido y vida. Le sorprendían los fuertes norayes negros donde se amarraban los barcos; esas cuerdas eran muy gruesas, las maromas, ¡que jamás había visto cuerdas así!, y que se introducían por unos grandes agujeros en los barcos para sujetarlos. En el puerto casi todo era grande, gigantesco era mejor decir. Pero había barquitos de paseo, manchas de aceite, peces muy negros y una profundidad monstruosa. Su padre le decía que cubría 20 metros. ¡Madre mía! Yo no sabía nadar, si me caía me ahogaba, pero mi padre estaba a mi lado, me agarraba de la mano y sabía nadar. Así, que entre el miedo, el riesgo y cierta seguridad, el chaval se acercaba a ver las aguas negras del alma de Barcelona.

- *La lamparita de cobre, de luz apagada, en aquellas tardes nocturnas; el recogimiento, Dios, el bien, la misa y el rezo, cosas elevadas para un corazoncito que poco a poco iba sumando.* Esa lamparita era de cobre, una pieza extraña a sus ojos que le producía cierto temor. Ella fue protagonista de sus fiebres y de aquellos terribles sueños cuando infante, porque puede que tuviese algo que ver o que simplemente formase parte anónima de síntomas tan dolientes. Su forma, una vela engastada sobre un círculo del mismo metal, sobre 3 patas en ese, y de cuya base salía un barrote que sostenía, girándose y regirándose, un cono piramidal agujereado por donde surgía la luz, la luz de la bombilla, porque esa era la luminaria de la famosa lamparita, la electricidad, un casquillo de bombilla sobre una plataforma de cera ambarina. El conjunto era un apoteósico reflejo de tiempos pasados góticos, de tejados austriacos que flechaban hacia la cúpula celeste, de miedos de cuento, de bárbara naturaleza mortal. Allá en el mismo pasillo de Baños Viejos, durante la tarde anochecida que penetraba en momentos invernales, antes de que viniera su padre del trabajo. Serían sobre las 6 y media o 7 o algo más y entonces no estaba puesta la tele o no funcionaba y el tedio era acuciado por las fuerzas desconocidas que la ansiedad abatía sobre tan débil cabeza. Explicar semejante estado infantil me es casi imposible; no tengo recursos suficientes, no sé usar los que existen; solo tengo memoria.

- *Las visitas a casa de mis tías y tíos en los tranvías.* Cuando íbamos a ver a mis tías, hermanas de mi padre, y a mis tíos y primos, lo hacíamos en tranvía. El tranvía era largo, otros eran de 2 vagones, e increíble, alguna vez cogíamos el de 3 vagones,

uno primero algo estirado, uno segundo ya más corto, mientras el último era pequeño, pequeño, enano, y no tenía puertas que se abrían y cerraban por medio del fuelle mágico, sino que muchos saltaban desde la acera al mismo a pequeña marcha, y yo, cuando podía recibirlo le pedía a mi padre que fuéramos al último vagón amarillo, o rojo, en contraste con los verdes de delante. Y también ahí había vendedor de billetes, sentado en su cabinita. Pero estaba muy vacío el vagón y yo era el amo del mismo. ¡En fin!, recuerdos por el Ensanche desde la avenida Marqués de la Argentera, cogiendo el tranvía en medio de sus calzadas, donde solían haber pequeños andenes cuando lo esperaba yo con tanta ansiedad. Los trenes, los metros, los tranvías... En fin, juegos infantiles que se me han quedado en mi mente para siempre. Puede que no haya cruzado todavía totalmente el umbral de la madurez, puede que no sea nada maduro, puede que me veáis infantil, hasta ingenuo, pero no sabéis vosotros cómo me lo he pasado de pequeño, a pesar de tantas cosas que más adelante veréis. Puede que mi universo muriese a partir de los 15-16 años, puede que yo no fuera para este mundo vuestro precisamente, aunque sí para el de mis padres y el de mi hermano me atrevo a decir. Puede que fuéramos una excepción familiar dentro de nuestra generación, y tanto para las futuras como para las pasadas. Realmente, cuando salgo al mundo contemplo rostros cansados, ambiciosos, dependientes, amargados, en fin, quizá es solo presunción mía, pero que sepáis que nosotros nos conformábamos con lo poco que nos venía de allí fuera, del Cielo como de la tierra. Tranvías averdaderos, que cruzasteis el Atlántico desde la capital de esa gran, y a veces tan pequeña nación, fulgor de sueños, de series de televisión fantásticas, de increíbles películas, de música que acompasaba la modernidad y la dulce rebeldía. No puedo creerme que llegaseis a mi pobre país, aunque poco a poco España, Cataluña... nos modernizábamos tan deprisa. Quizá abrimos los brazos demasiado y ahí nuestro mal contemporáneo, pero en mi casa se me compraba lo que se podía y mis padres presumían junto a los vecinos, junto a los familiares, celebrando que a todos nos llegaban las vacas gordas; los padres de Andrés no presumían contra. Esa diferencia entre contracciones, entre el *con* y el *contra* es lo que está matando a todas las naciones desarrolladas y a las de en vías de desarrollo. A las otras ya las han matado despojándolas. Vuelvan los tranvías y se reconduzcan por unas vías mejores en las libres calzadas de hoy.

- *Los pueblos de mis padres* son aquellas tierras de donde vinieron a trabajar a Barcelona. Siempre las amaron, vieron sus defectos y su declive por culpa de que estaban aislados y muy alejados de los puertos; las carreteras eran muy malas, el tren no era mucho mejor, a pesar de que evolucionarían mucho en mi década de nacimiento. No había muchas rentas, ni altas, para crear industria; la agricultura era pobre y no podía formar buenos capitales fijos. Quizá estas pequeñas nociones de economía básica os sirvan para mirar el interior de España, no con tanto odio ni vergüenza, incluso entre los mismos emigrantes, que ya jamás han vuelto. En cambio, nosotros íbamos todos los años. Ahí estaba la familia, aunque salvando suntuosas y pocas excepciones, la de los padres y algún hermano, lo principal es que aquellas tierras guardaban sus más preciados recuerdos, los de la infancia. Hubo mucha miseria y dolor, pero también momentos felices entre los suyos y la naturaleza, entre

las calles y los primeros amigos, hasta jugar ya con los segundos sueños del cine. Se pueden adoptar diferentes posturas en el mundo de la emigración española. Mis padres adoptaron éstas y yo estoy muy contento por ello.

Mis primeros recuerdos del pueblo son aquellos regresos a Barcelona en el expreso de la noche, en el de las 10, que subiendo por la vía a la estación -pues la calle del Castillo, donde mi abuela materna, daba al tren desde abajo (subíamos por un terraplén de unos 7 metros de alto)- íbamos por toda la oscuridad digo, con una linterna, y gracias también a que pasábamos sobre el puente de la carretera, con algo de luz de la calle de abajo, para después adentrarnos en el siguiente puente gigante de hierro, sobre el río Jalón, que me emocionaba y amedrentaba a la vez, no viniese un tren, no cayésemos al vacío, ¡y en la noche!, sobre el río, a pesar de su escasa profundidad, porque había remansos de verdadero limo sombrío: ¡pues la plataforma de peatones pegaba a los mismos raíles! En esos casos había que agarrarse a las vigas cruzadas del puente lo máximo posible. El ruido era aterrador y la vibración destrozaba el ánimo. Al menos, este puente también ofrecía luz oscura desde los balnearios en silencio. Y en la estación cogíamos ese expreso; ya desde las primeras edades tenía miedo de que lo perdiéramos. Mi padre era previsor y nos alentaba a que saliéramos pronto y a que fuéramos rápidos. Mi madre, que se preocupaba del equipaje, solo tenía que seguir su conocimiento sobre esas cosas de horarios y billetes. Mi fuerza interior enfatizó demasiado estos asuntos, por lo que mi padre ahí no tiene nada que ver. Simplemente no iba con prisas, pero no atentaba a los nervios. Entonces, la violencia ansiática iba dentro de mí, para mi desgracia futura. Pero ahora todo esto aún queda muy lejos. Así que seguíamos hasta llegar al amanecer, sobre las siete u ocho en la **estación de Francia**, toda la noche viajando y viendo únicamente luces apagadas durante el viaje, estaciones desoladas bajo la pobre iluminación. Hay algún recuerdo más, pero ya todo irá saliendo.

- *El amor de mis padres*: esta noche de nuevo he soñado con mi padre muerto. Era consciente de su muerte mientras al mismo tiempo él volvía en carne con nosotros; y estábamos viviendo en Alhama, en un piso inmenso, cuyas dimensiones solo nos preocupaban para perdernos felices por todas sus dependencias. Qué diferente somos, creo yo, al resto, a la mayoría de mortales. ¿Impura vanidad, odio engendrado, a pesar de mi supuesta fe? Quedan aparte los que se mueren de hambre, los pobres y desvalidos, los abandonados por toda esta sociedad del 1er. Mundo, que encima de robarles todas sus materias primas, explotándoles incluso en sus infames fábricas, se les acusa de que son unos meros vagos que no saben hacer otra cosa que tener hijos. Desestabilizan sus costumbres, no les dan educación, porque así, con la peor parte de sus religiones, con sus contenidos areligiosos, tienden al declive y cuidado, a la peor violencia que se va a volver contra vosotros, contra nosotros por vuestra inmensa culpa. Desatáis los demonios y pretendéis ser inocentes. Yo, mientras tanto, voy recordando lo que me enseñaron mis padres, mi padre que en paz descansa y mi madre que continua bien viva, junto a mí, junto a mi hermano, para recordarnos que nos debemos conformar con lo justo, creyendo en ese Dios, si es posible todavía para nosotros, los más laicos, justos y necesarios, plenos de amor por sus víctimas aquí en

la Tierra. Mis progenitores -palabra que pretende alejar el sentimiento- me enseñaban que no envidiase, que no hiciese mal a nadie, que respetase a los mayores, que pegase solo -decía mi madre- al que persistentemente se metiese conmigo, pero que intentase confabularme a la vez con él para llevarnos bien por siempre.

¿Quién, de esta sociedad consumista al máximo, enseña a sus vástagos a no presumir ante sus vecinos, compañeros de clase e incluso familiares? Espero que la mayoría de vosotros. La verdadera religión estaba en sus corazones -me refiero a mis padres-, y a pesar de que yo estaba teledirigido por las fuerzas internas del mal para padecer una insufrible enfermedad, partía con semejante mensaje de las alturas. Quizá, por eso, tras mi recuperación a los 51 años, ¡a los 51 años!, y mucho mejor a los 52, ahora, que escribo estas líneas a los 53, he de deciros que me da igual el origen y fin del Mundo, porque el mensaje, el Mensaje más elevado para no enaltecernos sobre los demás creo que lo llevo impreso en mis venas y arterias. Perdonar, de nuevo, mi presunción. En mi sangre azul y roja yace un sentido de amor para con los demás, que a pesar de que no existan ni Dios ni los Dioses, me hace confiar en el portentoso milagro final, y puede que lo increíble, por fin, sea cierto y posible. Mis padres lo creen sin pensar y por eso envidio su fe; yo estoy más mediatizado por los malditos estudios e intelectualismos habituales; mi mente se cierra bastante, es mucho más fanática que la religión blanda en la que ellos creen, y por eso mismo he de rebelarme, más de una vez aún, contra los seres mezquinos -incluso contra mí mismo- que solo miran su presente volviendo la espalda a los hambrientos de pan y amor. Alzo mi copa llena de vino y champán por mis padres. Os envidio por vuestra fe persistente; ya lucho contra mí mismo, por lo que cada vez te veo mucho más claro desde el Más Allá, padre.

Y estos son mis primeros recuerdos, muchos confundidos con intervalos posteriores de unos pocos años, y que iré desarrollando, con mejores impresiones, en los también posteriores libritos.

SUBFÍN

APÉNDICE DE PALABRAS EN NEGRITA:

Las palabras en negrita de la narración, que se destacan por su especial significado para la obra, se clasifican en este apéndice con la siguiente simbología entre paréntesis (). No las pagino porque quiero disfrutar, por fin, de la vida. Tantos esfuerzos ya me consumen. Eso sí, se referirán dentro de cada tipo por su orden de aparición en el texto:

- | | | | |
|------|---|-------|-------------------------------|
| (👤) | Personajes | (🎵) | Música |
| (🔗) | Palabras supuestamente inventadas o evolucionadas | (🎬/📺) | Cine y Televisión |
| (☺) | Variantes idiomáticas, Jergas, etc. | (💬) | Tebeos y Álbumes: |
| (🌐) | Lugares | (🏛️) | Historia y Administración |
| (🏪) | Arte (Arquitectura, Escultura y pintura) | (📖) | Teología, Filosofía y Ciencia |
| (🖋️) | Literatura | (🏢) | Asociaciones y Empresas |
| | | (📄) | Otros |

(👤) Personajes:

Pablo, Andrés, abuela Irene, Ridruejos, Marciano, orquesta Civi, tío G..., abuelo Pedro, Julita, Gudiosa, tío L..., Don Toribio, la Palomillas, hermano Sola, tío Santiago, el Mero, la tía Pilar, tía María, tío Pedro, señora Casteller, tienda de la Anita, profesor Baltasar

(🔗) Palabras, acepciones supuestamente inventadas o evolucionadas:

recoveca, marronoso, entrellorando, impracticando

(☺) Variantes idiomáticas, Jergas, etc.:

vocerrón, vocerrones

(🌐) Lugares:

Barcelona, residencia Don Francisco Franco, Valle Hebrón, Berlanga de Duero (Soria), América, Aragón, Alhama, 3 Cruces, Escalote, Puerta (A)Guilera, Castilla, Meseta, Hospital de San Pablo, calle Guilera, Calle La Picota, macizo Ibérico, Venezuela, Caracas, Génova, Zaragoza, San Gregorio, Jubera, Jalón, Madrid, Casco Antiguo, Valladolid, Ariza, Ramblas, calle del Chamberín, Monasterio de Piedra, Godojos, calle del Castillo, Egipto, calle Muntaner, Diagonal, calle Librería, calle *Paradís*, monte Tábor, Barcino, Cataluña, calle Baños Viejos, bar El

Túnel, Sant Antoni *dels Sombrerers*, barrio del Raval, de la Ribera, calle Platería, plaza Palacio, el Borne, Santa Catalina, Correos, parque de la Ciudadela, Sagrada Familia, calle Mirallers, calle Unión, plaza Universidad, plaza Cataluña, Puertaferri, Escudillers, Balmes, Gran Vía, calle Manso, calle Barra de Ferro, calle Montcada, Marqués de la Argentera, estación de Francia

(🏪) Arte (Arquitectura, Escultura y pintura):

Templo de Augusto, Santa María del Mar, museo Picasso

(🖋️) Literatura:

Lazarillo, Buscón, Arniches, Delibes, London

(🎵) Música:

Glenn Miller, baile Price, VIC DAMONE: *On The Street Where You Live* (1956)

(🎬/📺) Cine y Televisión:

Marilyn Monroe, Hollywood, No-Do, *Los 10 Mandamientos*, Cecil B. de Mille

(💬) Tebeos y Álbumes:

Vida y Color

(🏛️) Historia y Administración:

Agustina de Aragón, *Far-West*

 **Teología, Filosofía y Ciencia:**

Ecole des Annales, Lucien Febvre, March Bloche, Azorín, San Agustín, Jesús, Evangelios, Corpus Christi, capilla del Pilar, día de la Merced, Einstein

 **Asociaciones y Empresas:**

Atlético de Madrid, Termas Pallares, *can Culleretes*, Hispano Olivetti, Sindicato Vertical, Radiodina

 **Otros:**

juego de la Cú, trasatlántico Brancafé, tren Shanghái

APÉNDICE DE MI MADRE Y DE MI PADRE:

HISTORIA DE MI MAMÁ HASTA EL NACIMIENTO DE ANDRÉS

Los amaneceres de este pueblo de **Aragón** son bellos. El sol se desparrama terso y brillante por los abundantes riscos que lo rodean. El color es puro como el aire. Actualmente le ocurre lo mismo, cincuenta años después, pero el uso de los avances tecnológicos por parte de los humanos han creado en el ambiente un aire de sentimiento desconfiado y banal. Ni que decir tiene que estas características obedecen más al presentismo que trae el que viene de la ciudad. Todavía en los pueblos se conservan ciertas formas del antiguo ser, pero ese que tiende a lo positivo; de la modernidad se apodera lo que a Andrés le interesa. Se observa a sí mismo y cree poseer entre sus manos todo lo mejor. Para nuestro héroe mejor es muy distinto a nuestro significado actual de las cosas. Sea como fuere, la mañana en la que estamos se abre de nuevo entre las miserias que los humanos se tienden a ras de suelo. **Cristo** nació y propugnó una serie de ideas que después solo han quedado para los ingenuos y los verdaderos creyentes, porque también existen creyentes farisaicos que únicamente lo son por miedo a lo que les espera la otra vida. Los pinos bajos se van haciendo frondosos sobre las laderas de todas las colinas donde el plan de reforestación ha dado trabajo al padre de su madre, al abuelo. Los resecos y nefastos riscos que surcan esta zona de Aragón crean una perspectiva dispuesta a la aventura y a la enajenación. Los pinos, cuando crezcan, la suavizarán, pero dejarán escapar su añeja fuerza para que la recoja Andrés dentro de su imaginación. La casa del abuelo, del bisabuelo, está en uno de los últimos niveles del **Somero**. Este barrio encabalga las casas de adobe y mampostería pintándolas de azul, verde, crema y blanco, sobre el risco del **Castillo** que forma un brazo del valle de **la Zapatera**. Hacia su fondo sube el nivel, hacia la ermita de **Santa Quiteria**, y por su fondo deben esconderse fantasmas, bandidos y otras historias del misterio y del saber. A nuestra diestra yace la vega con sus huertos y frutales, la vía del tren de Barcelona a Madrid y toda esa especie de modernidad que ahora parece estancada a los pocos años de la guerra. Son años de hambre, todo el mundo lo recuerda, pero los políticos actuales y sus periodistas, también de nuestro tiempo, tratan el tema externamente, siempre con las mismas imágenes y la consabida cartilla de razonamiento. Si acaso y con suerte, sus precedentes generaciones habrán sufrido de cierta manera aquellas miserias, pero de seguro que no en parte como las pudo sufrir después Andrés. Y que encima éste sea tan feliz con lo poco que tiene, ese poco que para los niños del 3er. Mundo es una mayor riqueza. Realmente nada ya entiendo y esto es una injusticia.

Carmen, la madre de Andrés, es pequeña, apenas tiene nueve años y la falda es siempre la misma, siempre tan pasada y roída como sus camisitas. La tez es muy blanca y a pesar de su escasa estatura «*este bichito no para, es un nervio y gracias habéis tenido **Pedro** de tener semejante zarandilla*». Junto al mayor, también llamado **Pedro**, traían a casa todo lo que podían para colaborar en el mantenimiento de la creciente familia, pero sobre todo, esta niña, cenicienta de forma aragonesa, tan fina de piel como la excelente mezcla que ha formado estos pueblos, y que la guía una sola fe, era un muelle, una chica vivales que siempre andaba correteando para llevar a casa unas morcillas perdidas, unos tomates crecidos o unas cuantas almendras que le habían dado. Además, de vez en cuando pedía por los pueblos porque su estado de pobreza la obligaba a sumirse a alguien al que sí le sobraba la comida. Si caían monedas, ellas no duraban, y los alimentos aquel día se hacían más variados y suficientes. El nombre común suficiente en ese contexto posee una completa connotación de frugalidad. **Clara** era el nombre de la ovejita y la derivación se hará mucho después. Una de las características, que de Andrés hemos de recordar, es su total exacerbación por el método comparativo. Para él no es ningún método, es una habilidad propia e innata, pero como estoy tan acostumbrado a este mundo de vulgaridad, en donde malvivo y fenezco, la empleo no sé ni por qué motivo o circunstancia. Clara llevaba siempre un lazo. La ovejita, Carmen la cepillaba, la llevaba a apacentar con un cordelito y a todos los sitios iban las dos amigas.

Ella sabía que finalmente su padre la sacrificaría para comerla una vez que creciera y se hiciera vieja, pero en ningún momento ello le daba pánico porque era simplemente natural, y este simplemente es un defecto de nuestro mundo, que ha apartado tan drásticamente la subsistencia de la realidad. A Clara la tendrá en su corazón, en su recuerdo, pero no podía ser otro su fin. Después la comería, era así la vida, y aquellos ojos de animal no podrían tener otro destino. Ciertamente aquella amistad era más mecánica que otra cosa. A ella le hacía gracia la ovejita, jugaba y saltaban las dos a la vez. Después el animalillo comía de manera natural sobre los ribazos, sobre los matojos que crecían sobre las peñas, y cuando volvían a casa Carmen la dejaba en el corralillo. Ese era su destino y el día llegaría finalmente. El problema está más en el mismo narrador, que pretende unir al sentimiento el sacrificio real de la corderilla, cuando ambos son incompatibles. Eso sí, se puede criar al animal con amor, sin apenas gritos ni palos, sin ningún maltrato salvaje. El bello recuerdo del animal es para Carmen porque ella misma se ve de mayor tan niña, como los niños que corretean hoy por las calles con sus perritos, todos con sus ropas limpias y variadas.

Carmen tenía una gran amiga, **Berta**, entre otras muchas compañeras de juego. Berta era algo tontilla, retrasada. Su ingenuidad era exagerada y no aprendía ciertas cosas ni correcta ni rápidamente. Después de mayor se casó, tuvo hijos, pero siempre tendría un margen, inseparable de ella misma, que lo podemos definir con el adjetivo científico e insultante de idiota; con sentimientos y una verdadera religión, no nos importaría su atraso. Y Berta era la mejor amiga de Carmen. Que se metieran con ella, que no quedaba ninguna coleta sana. Además, Berta iba aprendiendo, a su ritmo, iba respondiendo con sus pequeñas manitas... y también el resto de coletas serían al fin suficientemente zarandeadas. Berta dependió pronto de Carmen y cómo esta tenía buen corazón la niña mejoró bastante. De mayores no se han vuelto a ver. Berta vive con su marido y sus hijos en Zaragoza, le va bien, su carácter es pequeño como el de su marido, pero lo más importante es que han logrado trabajar y formar una familia adecuada. El mayor incluso estudia ya una profesión. El marido no ligaba con nadie y no era del todo feo. Era un buenazo, un ignorantón. Albañil y carpintero de puertas y ventanas, era trabajador como los de antes, es decir, que no le daba tantas vueltas a las cosas. Berta continuaba siendo ingenua, pero aquel calificativo ya había desaparecido casi en su totalidad. Lo único que tenía la pobre Berta era una ligera tontería, más abundante en nuestra maldad, pero pronto cayó en los brazos del gracioso e infeliz-feliz **Teo**. Ambos encontraron un futuro común lleno de alegría porque el Paraíso sí que verdaderamente existía en la Tierra. Pronto se casaron y ella fue una espléndida ama de casa. Tuvieron tres hijos y todos sanos e inteligentes. Podría engañarles a sus padres un gran timador, un intelectual o un experto en decir meras frases, pero los niños se hicieron adultos con las más sanas de las convicciones. Actualmente ya quisiéramos que la media fuese la de su bondad. Carmen iba a casa de Berta a matar el hambre. Los padres de su amiga tenían bastantes tierras y animales, y sin que a aquello se le pudiese llamar riqueza como hoy lo hacemos, sí que hacía que el plato estuviese siempre lleno en aquellos malos tiempos de la postguerra. Para los infelices seres que en Alhama malvivían, como en todos los lugares de España, aquello sí que era otro paraíso. Cuántas veces la invitaban Berta y su madre a comer. La madre estaba contenta porque la niña, la única que tendrían porque dos niños ya habían muerto a los días por una extraña enfermedad de la médula que afectaba a su pequeño y débil sistema nervioso, mejoraba de ánimos con la Carmencita. En ocasiones faltaban morcillas y chorizos del granero o estaban mucho más espaciados entre sí porque Carmen era muy lista y tenía que evitar sospechas. «*Berta, me parece que había más embutido el otro día.*» «*No sé mamá*». Y la señora **Trini**, medio enfadada y medio alegre, comprendía que había que pagar un precio por aquella hermosa compañía de su hija. Tanta necesidad había en casa de la señora **Irene**. Cuando las morcillas y los chorizos aparecían a los ojos de todos, en casa de Carmen, el abuelo de Andrés la bendecía. «*¡Qué espabilada!, que yo tenga que trabajar de sol a sol para que no os pueda mantener, malditos ladrones*». Y se refería a todos esos caciques, de poca monta, que existían en los pequeños pueblos de Aragón. Dependiendo de la tierra, los ricos y los explotadores son más o menos grandes, más o menos proporcionales a la riqueza del solar donde habitan y del cual se aprovechan. «*Berta es una niña buena, buena. Siempre ve con ella y ayúdala, defiéndela de esas*

asquerosas de crías. Ayúdala, porque es una niña que Dios ha permitido que sufra así durante toda la vida. Desde que va contigo, está más alegre, más segura de sí misma, habla con otras niñas incluso y la roñosa de su madre me dice últimamente que siempre vayas a su casa a todas horas, que te dará de merendar. Incluso el otro día me dio una hogaza.» Esta es la relación de dos amigas especiales en la época del hambre, que aunque separadas por su riqueza, únicamente los memos no sabrán ver más allá de lo material. La realidad puede compensarse por varios extremos sin que por ello dejen de tener sentido todos ellos; y cada uno ocupando su lugar y función para que las cosas rueden como Dios sí que quiso que rodasen. Los diablos somos nosotros; nosotros sí que ejecutamos con nuestros actos. ¡Perdonar mi locura!

Una de las mejores anécdotas de la madre de Andrés era aquella que calcaba un episodio del **Lazarillo**, y éste no era como un hecho extraordinariamente casual, que asemejábase al azar de la lotería, sino que las historias del Lazarillo mentaban todas las correrías y anécdotas de ese pueblo español siempre tan hambriento y al límite de la subsistencia. La anécdota del ciego se dio de esta manera: en **Godojos**, un pequeño pueblo a seis kilómetros de Alhama, una señora rica daba olla y tajada los jueves a todos los pobres que quisiesen ir. Carmen mataba muchos de esos jueves, de esa manera, por su cuenta. Sino existía alguna mejor posibilidad, la familia ya sabía que la chica estaría allí comiendo, con lo que el plato familiar podría repartirse mejor entre los pequeños. Carmen, la mayor, era libre y autosuficiente, buena y llana, para pillar lo que pudiera traer para casa. Pues al lado de la fuente de la plaza de Godojos, pueblo de muy buen vino negro, se agruparon una tarde todos, y ella junto a un ciego. En uno de los cacharros le tocó comer junto a aquel viejo vago y glotón, y como la chica, joven y lozana, le ganaba en todos los bocados y tajadas del plato de judías, harto, no pudo evitar tirárselas todas las últimas por las trenzas, y entre «*tío asqueroso y viejo chocho*» irse llorando hacia casa chorreando por sus coletillas todo el resto del cocido. Para poco había servido aquella comida y encima toda sucia hacia casa «*viejo asqueroso y vago, ciego eres y malo por ello*». La anécdota a Andrés le entusiasmó porque las palabras impresas provenían de una realidad cercana e íntima. La España de la subsistencia y de la pillería tenía su mejor razón de ser con su madre. Y eso que no hemos contado todavía las anécdotas de su padre. Andrés se va a enriquecer mucho con las historias de sus padres. Él es muy sensible y su carácter va a malearse con tantas cosas que ellos le van a contar. Andrés no le gustaba mucho cuando socarronamente su madre le contaba cómo se aprovechaba de la amistad de Berta para llevarse chorizos y morcillas. Tal como en ocasiones contaba aquello, parecía que solo era amiga de Berta por interés, pero el interés en aquella época tenía otro sentido y él mismo muy pocas veces había pasado necesidad, si acaso algún triste fin de mes, y esa, su gana, no era nada con el hambre, cuando niña, de su madre. Con el tiempo Andrés pudo unificar todas las variables y crear la sencilla historia que su madre y Berta habían forjado. Berta era ingenua pero mejoró. Con qué entusiasmo la invitaba a merendar aunque a la par se escabulliese alguna morcilla. No le podría contar todo a Berta. Carmen en ningún momento se rió de su idiotez y de sus triunfos sobre los embutidos, y cuando Andrés esto lo comprendió enteramente, se desvanecieron de su cabeza los fantasmas que solo podían provenir de dos exageradas y malévolas ideologías: una era la estúpida y falsa moral, y otra, tanto peor, la de reírse de los pobres y de los tontos que por sí mismos no pueden hacer más. En este último grupo suelen estar los más progresistas, pero yo lo único que veo es que son idénticos a los soeces del primer grupo, tan de derechas. ¡Qué asco!

Cuando su madre contemplaba el valle desde la replaceta, veía que un hilo de fina luz eléctrica llegaba hasta ese fin del mundo; que alguna vez podría ir a la ciudad a ganarse mejor la vida para que sus padres llevasen bonitos trajes y para que la comida no faltase. Podría ser que la casa mejorase, que hubiese colchones nuevos y más camas, que las sillas fuesen de verdad y que el gran ánimo que había en su cabeza fuese compensado con el disfrute de más cosas. Pero antes de que esta posibilidad traspasase el umbral de la engañosa realidad, ésta, alma tan cruel que caracteriza la vida humana en todo momento y lugar, enseñó a Carmen muchas y más cosas. Como el primillo aquel que se asustó cuando le quitaron la ropa en el río donde se bañaba con sus compañeros, y todo asustado corrió por la vía, desnudo, dominado por la enfermiza vergüenza, para que un tren lo

arrollara matándolo. Andrés no podía concebir la crueldad de esta vida, pero los hechos pasaban sobre su memoria sin que unas consecuencias, correspondientes y lógicas, le ayudasen algo mejor a sobrellevarlas, porque sí, el niño iría al Cielo, ¿pero por qué todo ese sufrimiento insano? Imaginaba muy bien como el haz negro de la vida podía llevársenos en cualquier momento y cómo no tenía culpa ni el Dios que nos había forjado. Dios aparece sobre la mente de Andrés como el gran cielo que se escampa por encima de toda la vega, a lo largo de la vía del tren y del resto de campos, valles y montañas. Nosotros actuamos y hacemos la Historia y allá nosotros. La libertad de movimientos tenía ese precio. Para Carmen y Andrés Dios y la vida están en planos diferentes, aunque relacionados. Y esta idea básica, por muy filosófica que parezca, nuestras generaciones anteriores la tenían bien clara. El hecho cruel se produjo y milagro no hubo. Fue descuido, fui miedo, pero en otras ocasiones se producen los milagros. El drama de aquel primo de su madre se vivió muy intensamente en el interior de Andrés. Su mente cuerpo temblaba; él intentaba ocultar ese pánico, pero podía más su anatomía siempre tan electrizada. Su madre ya sobrevivía sobre todas aquellas penas. Su valentía era aquella que vencía al miedo, porque sino las cosas habrían sido mucho peor. “*Que la paja se la lleva el aire*” decía unas veces, y otras, recriminándole, “*Mientras tú has ido yo ya he vuelto*”. Y estos refranes, que son la verdadera escuela del pueblo, la tradición oral, la única escuela que les ha sido permitida, vienen estos burgueses nuevos de hoy en día a fastidiárnosla diciendo que encima es reaccionaria, cuando ellos se han sentado en pupitres nuevos y en bibliotecas bien calientes. No matéis la pequeña esperanza de los pobres mientras no ofrezcáis nada mucho mejor. Así, que entendemos los riesgos de esta vida cuando nuestros semejantes mueren en algún fatal accidente, pero su alma desde el cielo ya veréis como se relaciona con los que quieren oírle aquí abajo: siempre ese niño tuvo velas, oraciones y recuerdos.

En otra ocasión tuvieron que correr a campo través para evitar ser pillados por unos hombres, que de repente pararon el coche en mitad de la carretera y fueron hacia ellos. Por entre las vides y almendros no pudieron darles caza. ¿A qué perseguirles? Seguro que eran esos hombres que mataban niños para darles su sangre joven a los tísicos ricos moribundos. El coche era negro y aquel día pudo ser la última tiniebla. Esta historia también se alojó dentro del corazón de Andrés para que la congoja le fuese recordada de nuevo. La vida de los pobres no es fácil, es incluso complicada en algunos, que la conforman si tienen el suficiente dominio de sí mismos para hacer las mínimas derivaciones. En nuestro héroe ellas van mucho más allá de la realidad práctica. Por eso merecen nuestra especial consideración.

Los pequeños tienen hambre, las palizas entre los padres son diarias. El vino negro, el alcohol de los pobres campesinos, la sangre de la tierra circula malamente por estas cabecillas más bien ignorantes. La chiquilla asustada, ¿cuántas veces había recibido los palos sin merecerlos? Pedro, el mayor, discutió un día con Luis, y de manera trágica, y sin quererlo, claro, le clavó un cuchillo. La rasera caliente, que iba dirigida a la abuela por el abuelo ebrio, cayó sobre el brazo de la tierna María de dos añitos. La marca sería para siempre en aquellas dulces carnes. La propia Carmen quedó marcada una vez por la espalda por una cazuela en la que quedaban unas miserables patatas y que fue disputa entre dos hermanos para que después fueran al suelo. Entre estas guerras familiares, con la lucha diaria por la vida, y por entremedio, con algún sueño posible, creció Carmen. Era normal este desarrollo de acontecimientos tras la postguerra y puede que siempre habrá sido así cuando el umbral de la subsistencia ha estado tan en la cuerda floja. La normalidad de la situación hacía crecer a los niños mucho antes, pero los escenarios límites llegan a marcar ciertos traumas. Los sentimientos en absoluto tomaban el estúpido mimo actual y la resistencia frente a las afrentas terminaba siempre en simple contestación y riña, pero jamás en la fácil ruptura. Hoy en día hemos avanzado mucho y para bien, pero está muy mal que esa resistencia haya descendido hasta niveles que asustan, porque ello ha originado una vida poco sacrificada. Nadie aguanta mucho; pronto terminamos enfadados. ¡Ay! si de repente llegara el hambre de nuevo. También es cierto que la sociedad, después de la matanza, volviese a reajustarse -qué triste leyes demográficas, todas ellas sin corazón-, pero ahora sería la primera vez que desde lo alto del éxito se descendiera de repente, y eso nunca antes ha ocurrido, y a falta de experiencia, quién sabe si sería la última vez. ... La madre

de Andrés sufrió hambre, luchó contra ella, padeció discusiones, amó a sus padres y hermanos, emigró a Barcelona, trabajó, se casó y fue subiendo poco a poco, ofreciendo siempre a los demás el fruto de su trabajo, el amor... Su conciencia era fuerte, demasiado cristiana; jamás fue perturbada por estúpidas coronas, y eso que los nuevos tiempos comenzaban a ofrecérselas... ¿Qué nos está pasando ahora, ¡Dios!?

Dejando la divagación, a la que soy y somos muy proclives en esta novela o narración, en esta historia, Carmen lloraba y reía, se enfadaba y cuidaba de los pequeños. Les limpiaba los mocos, los lavaba, les daba lo poco que había de comer. Llevaba al padre la comida al campo, a la hora de pleno sol, a varios kilómetros de casa, donde los segadores continuaban sudando y esforzándose por lo poco que les daba la tierra. Pero la tierra para ellos era sagrada y la jota el reflejo de ese terruño tan amado a pesar de todo. Los malos eran los hombres y ellos, a pesar de todo, lo sabían. Las cosas claras de la vida sí las tenían bien presentes, y ello les llenaba de orgullo. La mujer, los hijos, el pequeño huerto, el pobre secano y la dignidad es lo único que poseen estos hombres de Dios. Después a vivir y a reñir tontamente con la mujer, por culpa de la misma pobreza y de la incultura. Los niños asustados y famélicos para no comer casi nada. La matanza o las morcillas de Carmen algún día les hacían reír. En ocasiones, el mayor llenaba de pan la mesa y lo extraño era que no fue panadero. Después de los gritos y de alguna bofetada mutua, volvían a reír los pequeños. De nuevo se acostaban entre arrumacos los dos padres para seguir haciendo críos sin conocimiento, pero fue el tiempo en que a los niños les costaba morir por mucha hambre que pasasen, porque la vacunación comenzaba a hacer milagros. Y al oír los ratones de noche, el estar cuatro en una misma cama, como el triste aullido de los perros, que de vez en cuando rasgaba lo que sí era verdadera noche, sin el ruido de ningún aparato eléctrico, con todo este escenario ya Carmen sabía que su espíritu indómito la forzaría un día más a salir a la caza de alguna prenda. Mañana sería una jornada feliz, porque daban razonamiento, y el más rico del pueblo, que era el menos cacique por casualidad, les daría a todos los que fuesen un duro para todo el mes y a los pequeños les repartiría leche. Un caso extraño el de aquel empresario jabonero: daba algo de trabajo, repartía de verdad entre los pobres y hacía según leía en ciertos libros. **Virgilio** era compatible con la Biblia y una extraña ensoñación celestial se le apretaba en mientes muchas veces, cuando paseaba solo por entre los campos.

La nieta a su abuela: *“Y usted a que se casó con ese borrachón.” “¿Cómo que a qué me casé con él? Pues no habrías nacido tú sino me hubiese casado con él.”*

Mi madre: *“Fui a cobrar a mi tío Valentín el mes y me dijo que ya lo había hecho mi madre; y me quedé sin lana y xxx para tejer, yo que pensaba comprarlos con esta paga. Había tanta necesidad, que ya la abuela necesitaba dinero para alimentarnos.”*

HISTORIA DE MI PADRE HASTA EL NACIMIENTO DE ANDRÉS

- Ve a llevar la legona a la bodega Tomasito-. Y él tontamente va a llevar el apero de campo a la taberna, que así también le llaman, en vez de dejarla abajo, junto al corral, que sí era la verdadera bodega estando en casa.

- ¿Ande va el tonto de tu chico con la legona camino abajo del pueblo? Me ha dicho que va a dejarla a la bodega del **tío Vicente**, que se lo has dicho tú-. Y la **Higinia**, lanzando el grito al cielo y al infierno a la vez, fue como un relámpago en su busca.

- Yo lo mato, lo mato, hijo tonto-. Y la madre bajó camino abajo de la bodega -la taberna- con toda la cólera que a aquella mujer se le subía por la garganta hasta hacerse casi espuma en la boca. Ahí quedaba meramente en rabia, bajo la comezón que le ardía desde dentro. Era una señora que le trepaba de pronto la tensión, el enfado; era el pronto que un día podía quebrar y caerle en desgracia. Hace un par de años cogió a sus dos primas hermanas y las arrastró del pelo hasta la plaza mayor. La gente reía el espectáculo. No es que no fueran habituales semejantes escenas

después de la guerra y en aquel pueblo, pero de seguro que la familia de los *lirines* y de los *bartolos* era la más impresionante en tales hazañas.

Tuvo suerte el crío de ocho años de que le pillara su madre antes de entrar en la bodeguilla, porque de seguro que hubiera recordado mucho más de que lo hizo después toda aquella vergüenza.

- ¿Estás tonto? -y sin darle tiempo a asustarse, le soltó un chuletón en toda la cara, clavándoselo allí con todo su ánimo. Andrés era un chiquillo algo débil de espíritu, pero muy reflexivo. Al menos siempre estaba mirando los pajarillos, creía fervorosamente en todos los Santos -hasta casi después le metieron cura para aplacar la gana- y de seguro que la mayor parte del pueblo le consideraba un buenazo, pero también algo ignorantón. En eso era como su padre, que dramáticamente sufría la úlcera que en aquellos tiempos los pobres la padecían de la peor manera. Después de comer, que ni dieta ni freno para los picantes, hacía ya últimamente la digestión recostado sobre el sillón. Años después, la menor, *la niña*, le diría al fregar el suelo: «*Alce la pata, tío ganso*», con lo que demostraban un favor en haberle llamado la niña y no algo peor. Si acaso, eso fue causa directa para que la niña igual no se transformase en alguna una **Mefistófeles** con faldas, y que con dos cuernecitos quedaría muy mona y jovial-. “*Siempre serás un tonto como tu padre, un calzonazos, siempre te engañarán. ¿Pero hijo tonto, cómo llevas la legona a la taberna? ¡¡¡La bodeguilla!!! ¿No tenemos bodeguilla en casa, atontado? ¿No está abajo junto al corral?*” ... “*¡Calla!, hija del demonio*”.

Entre este ambiente y alguno más divertido creció el padre de Andrés. La cultura rural se la llama de esta manera porque algunos ignorantes que lo emplean, el concepto, dan a entender que las canciones y estribillos es lo único de lo que saben nuestros paisanos. En cuestión de letra quizá, pero la cultura oral abarca mucho más. El problema se hace diferente según donde pongamos nosotros la frontera. Así, una nueva anécdota surge ante nuestros ojos. Iban el abuelo (de Andrés) y él a vender uvas por los pueblos, cuando en **Valverde de los Ajos** se pusieron a empujar la pesada puerta de una gran casa para ofrecerles el bello fruto de **Dionisos**. Su padre por algo se llamaba Dionisio. Las antiguas leyendas trascienden por algún motivo también.

- Hijo, ¡como pesa!

- Sí, padre, debe estar algo atrancada. Mire como el bajo de la puerta está despeluchado por los años.

Y el burro les miraba inquieto, quizá **preveyendo** el desenlace.

Finalmente echaron atrás el gran portón y chirriando entre las duras y desengrasadas bisagras contemplaron enigmáticamente el vacío. De primeras ya creyeron ver algo, una especie de figura; pero de segundas ya fueron afilando la vista desde el resol que hacía fuera para inmediatamente ofrecerle al gran Cristo Redentor, que en la cruz yacía con amable y gran carácter «*¿Quiére uvas?*», cuando al tiempo ambos se quedaron espantados por el gran eco que en aquella iglesia supuso semejante ofrenda.

- Dios Santo, si es una Iglesia-. Y asustados volviéronse sobre sus pasos, cogieron el burro y rápidamente, y sin darles tiempo más que a la huida, tomaron el camino de salida del pueblo. Era el hambre, el frío, la tierra, la flema natural de los habitantes de aquella zona, el sarcasmo final al que les conduce la realidad, los que pudieron provocar semejante confusión, pero que de seguro para Andrés fue toda una anécdota que en su cabecita guardó, como tantas otras muchas, y que después su padre ya contaría con más gracia y sorna, con tranquilidad. El mundo de Andrés está lleno de todo este anecdótico que conforman sus padres y que responde a sus orígenes humildes. A la cultura debiéramosle añadir estas maneras de vivir. Si acaso, sería mejor llamar a la disciplina de esta última manera y que el cantor, el orador e incluso el poeta le diesen un carácter superior que traspasase la barrera cotidiana hasta el punto de hacerse arte incluso. Reír reían todos los hombres de ciudad y supuestos a quienes sus padres contaban todas sus “hazañas”.

Como buen hijo tonto y heredero por antonomasia de la ingenuidad, creía fervientemente en Dios, pero no en ese extraño Él, que los curas siempre explicaban y que nadie entendía, cosas de la teología, sino que fue en su mensaje sobre lo que más insistió y que era aquel de que todos los hombres y mujeres se llevasen lo mejor posible; y a partir de ahí, su simple figura, de Dios justo, de hombre bueno, adquiriría todo el sentido, ¡para qué más! El hambre influiría en sus padres para que se metiese cura. Esta razón, por otra parte, no es tan descabellada, porque aquella familia *pasaba las de Caín*, como tantas otras de aquella época. En una ocasión el cura del pueblo, **don Emilio**, aconsejó al abuelo para que le dejase ir a los ejercicios espirituales de **Sigüenza** durante una semana. ¡Como nunca comió galletas y bebió leche y chocolate, se limpió las sopas y se manchó los dedos de grasa! Engordó en una semana siete kilos y tampoco es que fuese excesiva la dieta que le dieron los curas, pero comparada con aquella frugalidad diaria, en su pueblo, aquello era la corte del **Rey David** porque decir **Herodes** no corresponde con la verdadera intención del padre de Andrés. Llegó irreconocible al hogar paterno y dos hermosos besos le dio su madre y él sonriente y todo alegre, porque la palabra del Señor era también verdadera en los manjares. De todas formas, el mensaje de la luz provenía también a través de las vidrieras de la colegiata de Sigüenza y de los hermosos ventanales del seminario que dejaban pasar la mejor luz del Sol. Le dieron la condecoración de **Acción Católica**, pues para ello se había agrupado a ella, y el mensaje superior y sincero, que provenía de las palabras de algunos de aquellos recios hombres de sotana, se mezclaba con el dulce paisaje, verdaderamente campestre, de su Castilla. De niño fue fervorosamente creyente, como de mayor cuando llegó a la ciudad y como lo continuará siendo hasta el fin de sus días. Como fue padre de Andrés, no pudo ser sacerdote, y es que él no dejaba nunca nada a medias. Continuó creyendo, pero el instinto más le podía; el amor a las chicas era su camino. Excesivamente tímido e ignorante para las cosas que en esta vida son, sino reprimidas, sí bastante escondidas, alineó un carácter lineal que su hijo iba a heredar bastante. De él iba a exagerar ciertas particularidades, pero la matización, como en todo, se hará en su momento necesaria, ya que en el pobre niño nuestro va a ser enfermedad.

La pobreza en Berlanga era, como en otros santos lugares de aquella España, amplia, triste y hasta alegre a la vez algunas de las veces, más de las que creemos desde nuestro punto de vista abundante. Las anécdotas se sucedían unas tras otras, como la pillería también estaba en todos sus hermanos menores como en los dos más mayores. Él era el más ignorantón, y no solo en palabras de su madre. La religión le había podido sinceramente. Su madre era también alma fervorosa, pero tenía cólera. No obstante, no podía ser hijo de un marciano y su abuelo lo echó al cabo de un mes de estar de asistente con él. El motivo fue que se gastó tres pesetas de plata, que le quitó de un pote de conserva que estaba a tope, y que contaba cada día el bisabuelo de Andrés. Lo más anecdótico no es este hecho de la miseria, pues evidentemente se dio cuenta, sino el resultado de la hazaña. No se le ocurrió al niño padre de Andrés otra cosa que gastarse las tres pesetas de plata en sesenta pirulines que le sirvieron con todo el gusto del mundo, y sin preguntar, en la confitería. «¿*Qué hace el tonto de tu hijo con el dulce en la boca a todas horas?*» «*Es que es tonto, ni un bocadillo ha podido prepararse con todo lo que le ha robado a su abuelo. En pirulines, en pirulines el hijo tonto se los ha gastado, con el hambre que hay. ¡Ayyyyyy!, sino será nunca nada.*» Al poco tiempo y como buen chico, pasó a ser vendedor en la tienda de tejidos y artilugios en general, y que gestionaba otro caciquillo de aquellas tierras, que como allá más abajo en Aragón, también se correspondían con los caciques de pequeña categoría. El chico pronto fue espabilado y servía para todo, incluso para las cuentas, y entre camisas y pantalones para la familia, entre otros útiles, le pagaban su trabajo. Toda la saga salió vestida, aunque podía haberlo sido un regimiento, y el abuelo se sentía ciertamente gozoso de su vástago a pesar del hambre que les seguía corroyendo.

El mayor iba siempre con el abuelo a los campos. Fue un hijo del trabajo en las tierras al que se le unía cierta avaricia más o menos comprensible o más o menos incomprensible. Era el más avaro según los hermanos. El segundo, de nombre inolvidable, **Marciano**, como acostumbraba a ponerse de raros en aquellas tierras, era también igual de trabajador, aunque alternaba las tareas ayudando en la panadería o en el molino. Los dos hermanos mayores se peleaban a matar, solían morderse la

cabeza y el del nombre más raro le llamaba capón al mayor, concepto que más que ser real se correspondía con la mala intención que conllevaba la misma palabra y que en este país, por sí mismas, ya nos ofenden. El insulto no es definición y por tanto, dentro del honor, se nos hace fácilmente tolerable. El cuarto hermano sustituyó al padre de Andrés, **Tomás**, en casa del abuelo, pero duró mucho menos porque era mucho más ladrón. Toda la vida iba a ser **Luis** un vividor y un tunante. Vendedor no agremiado, hasta les vendió a sus mismos padres una radio averiada, en aquellos tiempos, al poco de emigrar a Barcelona. La arreglaron con el sudor de su frente y siempre se iban a acordar de él por ello. El chico, inaudito, se fue pronto a Madrid y allí, dicen, que pronto hizo más juego. Siempre fue un **charraire** en palabras de la madre de Andrés, un tunante y un embustero, aunque aquí el uso de los sinónimos parece encabalgarse sobremanera, aunque no sobran para definir a este tío de Andrés. Después vienen otros hermanos y hasta tres hermanas, «*más malas que la sarna*», si me permiten un poco la broma las tías de Andrés, pero todo también a su tiempo. Como en Alhama, dormían cuatro o cinco en una misma cama, o lo que quería parecerse a una cama, y de vez en cuando, entre ratones que saltaban con toda su alegría por encima de aquella especie de cordillera llamada lecho, con el hambre, el frío, los piejos y algún que otro chinche, alguno confundía un pie con un mendrugo de pan, quedando pronto excusado, este arrebató de canibalismo, porque en ese momento soñaba el mordedor. El viento en invierno soplaba fuerte y tenebroso. Las ventanas crujían ante su ímpetu y todas las orinas quedaban heladas. Bañarse mucho ¿para qué?, sino se olía con aquellos fríos; cuatro niños hermosos murieron, uno incluso ya muy crecido, **Pablo**, a los siete años, y solo como ejemplo podemos fijarnos en los ojos de Tomás para comprender esa tristeza de los pobres de aquellos tiempos, que eran casi todos, y que en el alma rural toman un diferente matiz. El niño de repente se fue y nadie lo podía explicar. Sin aquellos curas que sermoneaban con verdadera intención aquello habría sido mucho más inaguantable, y decir que sin ellos se hubiera comido mejor está aún por ver, porque al menos eran hijos de una ideología bien desarrollada y definida y que tenía todo el sentido dentro del mundo rural. Las ermitas eran ancestrales y soñar con los poderes ocultos no costaba nunca nada a los pobres. Santos y Vírgenes se confundían con todos sus sueños y penas. No es por particularizar ni por ponerme dentro de un partido, pero los políticos cuajaron poco en muchas áreas, quizá por la ignorancia de cierta gente, pero sobre todo, porque éstos no supieron llevar un mensaje mucho mejor definido y comfortable que el que disponían aquellos curas. El reparto de tierras era cosa de locos en aquella Castilla que hasta la mínima piedra ya está repartida. Los pobres tienen poco, pero sus tierras son suyas. Si encima, estas propiedades de la nada, se deben pasar a manos del Ayuntamiento, el que tanto les roba, para que las administre en nombre de no sabían qué pueblo (ya tenían bastante con el suyo propio), las cosas no es que se las prometieran muy felices. Personalmente siempre he pensado que todos estos proyectos a largo o medio plazo han sido los verdaderos culpables de que el pueblo castellano, y también el de otros lugares menos santos de España, sospechase de las promesas de una de las dos malditas Españas y se abrazase, con todos sus brazos abiertos, a los de la otra maldita. Lo que no hay que perdonar, bueno, el padre de Andrés es muy creyente, lo que no hay que olvidar es a todos esos asesinados durante la guerra y que merecen el descanso que dignifique a sus familias. ¡Qué vergüenza, muchas veces, mi España!

Tomás no era tan tonto, poseía también el ímpetu de su raza, y aquí raza es en el dicho castellano, no antropológico y mucho menos en la acepción político-racial, ¡por Dios! Lo que pasaba, volvemos a repetir, es que era ingenuamente bueno y sus pasiones estaban mucho más escondidas. No era raro que a su primo segundo, el que tenía algo más de dinero, porque su padre ostentaba la parte de un molino, le pegase muchas veces en clase para quitarle parte del bocadillo. El hambre justificaba su pecado y se imaginaba que hasta Dios, desde la cruz, le bendecía su acto con aquella caída de Su cabeza. El muchacho lo imaginaba todo así, hasta con la ese mayúscula. La listeza de Andrés proviene de algún lugar también.

Cuando asomó la cabeza por la ventanilla vio la **estación del Norte** y el metal de la contraventana le iluminaba el corazón. Antes, en **Manresa**, frente a tan impresionante catedral, el tren paró. El *Shanghái* descansó frente a ese hermoso templo catalán, único e inimaginable que solo

las personas de don saben expresar. “¡Qué grande!” -decía, -él que provenía de Castilla. La entrada a la Estación del Norte se hizo toda llena en humo porque la locomotora era larga, negra y prestigiosa en hierro acero y carbón. El convoy lo arrastraba como ninguna otra podía hacerlo. Iluminémonos ante la técnica antigua. Andrés, poco después, ¡hacia los veinte años!, le eran antiguas estas locomotoras de viejos émbolos, ya que la técnica le ofrecía por televisión la electricidad y el diesel potente del centro de los Estados Unidos. Pero como fondo estigmático, ¡qué digo!, como fondo profundo de la cultura mediterránea, europea, la locomotora negra representaba el poderío de las ideas, y ello no lo podía sustituir, por ahora, ninguna de aquellas mecánicas. Aunque por qué llorar si también **Don Williams** sabe cantar. Él demuestra, como otros en 1973, o da igual unos años antes o después, que lo auténtico es lo que cae por las cuerdas vocales y no lo que se finge. El tren entraba lentamente en su andén y al hombre le esperaba su hermano con música de los 50's. El Marciano tenía un cuarto en la calle **Fleixerías** y el nombre es muy catalán, para que no haya malentendidos. Viva siempre el corazón que desde dentro siente y ama y vive por su trabajo y significado. Al cabo de dos años, incluido el robo de su cartera en un billar y dormir en un banco de las **Ramblas**, supo asentarse con unos ahorrillos, y una patrona le lavaba la ropa, y trabajando y trabajando se echó novia con aquellos bailes del **cha cha cha** y del **rock and roll**. El sexo se hizo amor y nada les preocupaba a aquellos seres normales que iban a arrodillarse todos los domingos por la tarde. ¡Qué diferencia sexo de amor! Saxo y armónica. ¿Por qué no armonizamos las palabras, Dios y tratamos a los hombres y mujeres que amamos como se merecen? ¿Es que no les queremos? ¿Solo sus miembros y formas son aquellas las que deseamos y no las que hay detrás de las sonrisas, de las miradas? Ellos se casaron en el 59 y no pensaban nada raro. Comenzaron en un piso de realquilados y tuvieron su primer hijo a los tres años, del que ya sabéis su nombre. Antes ella le daba a su novio plátanos y filetes de las señoras a las que sirvió. Estaba escualido, pero tenía que engordar algo aquel **Tyrone Power**. «¿Qué artista de cine tiene como novio!» «*Qué hermosura de hombre y qué mi hijo no pueda ser como él para casarse con usted.*» Esto se lo decía la señora, toda forrada de millones para casarla encima con un vástago de futuro, pero el amor era para el castellano, todo simple y hombretón, digno de su trabajo, bellaco de su pobreza, hijo del amor verdadero. Las mujeres de antes parecían poseer otra dinámica. Ello no quiere decir que todas las de hoy tengan una simple energía potencial. Había otros valores como hoy surgen otros nuevos. Había personas y personas también, como igualmente hoy. Pero lo que no me cuadra es que los valores deban evolucionar como si fueran un producto más de marketing y sobre el que poder vender millones de unidades. ¿No dicen teólogos y filósofos, hasta los mejores científicos, que los valores humanos son inmutables?

El señor que vino del ayuntamiento le recomendó que se cambiaran de piso porque aquél parecía una pocilga. Pero la mujer de Tomás tenía el orgullo muy alto. Por primera vez poseía algo casi suyo. Únicamente había que limpiarlo muy bien y arreglarlo. Los dos balcones, que daban a la calle, eran hermosos. La verdad es que los techos eran muy altos, sucios y fúnebres. El suelo, de viejas baldosas catalanas. Aquel color rojizo, ya tirando a negro por los años, no elevaba el ánimo. Pero éste se situaba en el comienzo, en el inicio de una nueva vida, de una naciente unidad familiar que se abría en la nación, en el país que por fin repartía el trabajo por doquier. Los pensamientos eran exactos por muy fantasiosos que fueran. La realidad es que los pobres tienden a la fantasía exacerbada cuando existen las posibilidades. En cambio, los hijos de los ricos o los rayanos pueden mostrarse críticos cuando quieren, porque sus mesas siempre están llenas. Esta es una ley básica y de la que siempre hay que partir para entender los diferentes movimientos que se dieron en España cuando el despegue económico y que provocaron divergencias extrañas entre los pensamientos de los jóvenes. Habrá niñatos, pijos, con los bolsillos siempre llenos; algunos serán conservadores, otros de izquierdas... que dirigirán la futura democracia para su propio beneficio... Habremos de aguantarles encima que han sido nuestros héroes, que han luchado por nada a cambio, que gracias a ellos tenemos seguridad social universal y educación, peonadas, empresas de alta tecnología... Antes aguantábamos la violencia, ahora la soberbia, cuando es del esfuerzo de pequeños, medianos

y hasta de algunos grandes, el mérito. En fin... ¡sois todos unos canallas, nueva iglesia laica!
Siempre las malditas 2 Españas de las que ya me siento bastante hartó.